
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
LA JAULA DE LA BESTIA
CLARK CARRADOS

«De repente, pisó el freno.

Eddie creyó que soñaba. ¿Cómo diablos era posible que, en menos de cinco minutos, hubiese crecido en el camino otro muro de boj, tan sólido y espeso, como el que se veía a ambos lados de la carretera?

Con ojos estupefactos, contempló la verde barrera que, al igual que en el primer caso, le cortaba el camino. Y no era posible una equivocación al tomar un ramal inadvertido antes, porque, desde allí, aunque muy disminuido de tamaño, debido a la distancia, se veía el otro seto.

Retrocedió. Tal vez en la casa, esperó, le indicarían alguna ruta para salir de lo que le parecía una especie de trampa. Su humor era pésimo y empezó a pensar con vengativa delicia en las aplastadas narices del recomendante de aquel camino».



Clark Carrados

La jaula de la bestia

Bolsilibros: Selección Terror - 136

ePub r1.0
xico_weno 01.09.16

Título original: *La jaula de la bestia*
Clark Carrados, 1975
Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

Capítulo primero

Abstraído en sus pensamientos, Eddie Salton apenas si se dio cuenta de que el camino que seguía atravesaba la brecha abierta en un seto de notable altura y espesor. El paisaje, en aquella comarca de Nueva Inglaterra era muy atractivo, con gran abundancia de verdor y altos árboles en los que se enroscaban las vedijas de niebla que descendía lentamente de las no muy distantes colinas.

Para Salton, cuyos pensamientos estaban fijos en el negocio que estaba a punto de culminar, el paisaje era algo meramente accesorio. Atravesó el seto y siguió adelante. A la derecha del camino, a menos de doscientos pasos, había un viejo caserón, entre robles, al cual llevaba un sendero que partía del camino que recorría en aquellos instantes. Salton tampoco prestó demasiada atención al edificio.

De pronto, el camino se interrumpió.

Salton parpadeó al ver el alto y espeso muro vegetal, en cuya base moría el camino. En Elsthone le habían recomendado aquella ruta como la más corta, aunque Eddie pensó si el autor del consejo no se habría estado burlando de él.

El camino, aunque estrecho, permitía la maniobra, debido a que, a ambos lados, el césped era la natural continuación del asfalto. Salton se había dado cuenta de que el boj de que estaba hecho el seto resultaba intraspasable por los medios ordinarios.

Necesitaría un tanque, pensó, mientras giraba en redondo.

Volvería sobre sus pasos y seguiría la ruta habitual, aunque ello le costase algo más de tiempo. Pero así no estaría a las expensas de un bromista, a quien, si veía, chafaría las narices, se prometió.

De repente, pisó el freno.

Eddie creyó que soñaba. ¿Cómo diablos era posible que, en menos de cinco minutos, hubiese crecido en el camino otro muro de

boj, tan sólido y espeso, como el que se veía a ambos lados de la carretera?

Con ojos estupefactos, contempló la verde barrera que, al igual que en el primer caso, le cortaba el camino. Y no era posible una equivocación al tomar un ramal inadvertido antes, porque, desde allí, aunque muy disminuido de tamaño, debido a la distancia, se veía el otro seto.

Retrocedió. Tal vez en la casa, esperó, le indicarían alguna ruta para salir de lo que le parecía una especie de trampa. Su humor era pésimo y empezó a pensar con vengativa delicia en las aplastadas narices del recomendante de aquel camino.

Momentos después, se detenía ante la puerta de la casa, antigua, de tejado de escamas de pizarra, muy bien conservada y de planta y piso, con el ático bajo el tejado de aguda vertiente. La puerta estaba protegida por lo que parecía medio templete de un encantador estilo antiguo. Había visillos en todas las ventanas, lo que impedía ver lo que había al otro lado.

La puerta se abrió de pronto. Una mujer de unos cuarenta años, alta, de pelo ceniciento y ropajes severos, apareció de pronto ante sus ojos.

Eddie se descubrió cortésmente.

—Perdón, señora, pero me ha sucedido algo muy extraño —dijo.

La mujer sonrió agradablemente, mientras se echaba a un lado.

—Pasen —invitó—. El día declina y la temperatura se hace ya un tanto desapacible. Entre y tendré sumo placer en invitarle a cenar y ofrecerle mi hospitalidad, si es que se le hace tarde para continuar viaje.

—Señora, agradezco infinito su ofrecimiento, pero yo… Perdón, señora, no me he presentado aún. Edward Salton, viajante de comercio… Bueno, el caso es que…

—Yo soy la señora Hampsbury —dijo ella, con voz sumamente dulce—. Pase, pase a la sala; la cena estará lista dentro de pocos minutos.

—Pero, señora, si yo no quiero cenar; solamente deseo me indique el camino para…

Eddie se interrumpió de pronto. Una hermosa muchacha, sucintamente ataviada con una blusa que no tenía tela en la espalda y unos cortísimos pantalones negros, pasó por delante de él, a

cuatro o cinco metros de distancia. De debajo de los pantalones emergían las medias negras de un *complet*, que enfundaban el par de piernas más hermosas que Eddie había visto jamás. Dos tacones de diez centímetros completaban el atavío de la bella, cuyo pelo castaño flotaba en largas y libres ondas sobre sus hombros.

—Ah, May —llamó la señora Hampsbury—, venga un momento. Quiero presentarle al señor Salton, nuestro invitado de esta noche. Señor Salton, *miss* May McCabe.

—¿Cómo está usted, señor Salton? —saludó May, con voz que al forastero le pareció hecha de campanitas de plata.

—El señor Salton será nuestro invitado de honor en la cena, ¿no es así, señor Salton?

Eddie tenía los ojos fijos en May y su mano en la suya.

—Po…, por supuesto, ce… cenaré con ustedes —dijo, olvidado ya de los negocios y de la forma tan extraña en que había ido a parar a aquella casa.

—Puede retirarse, May, eso es todo por ahora —dijo la señora Hampsbury.

—Sí, señora —contestó la joven, sin separar la vista del huésped.

Para asombro de Eddie, May no era la única belleza que habitaba la casa. Cinco o seis muchachas, a cada cual más hermosas, se sentaron a la mesa que presidía la madura, pero aún atractiva señora Hampsbury. Claro que, al lado de aquellas despampanantes chicas, la señora Hampsbury parecía una mujer nacida en la Edad de Piedra o poco menos.

Una mujer de unos sesenta años de edad, y gesto adusto servía la mesa. Su nombre, percibió Eddie, mientras tomaba una sopa de sabor exquisito, era Edith.

Las chicas hablaban y reían con moderación. La señora Hampsbury le había ofrecido un dormitorio para pasar la noche al huésped. Eddie se preguntó, si le fuese permitida la elección, a cuál de aquellas chicas elegiría.

De todos modos, Eddie no se hacía demasiadas ilusiones. Andaba ya por la cuarentena, era más bien bajo, medio calvo y algo regordete. Quince años atrás, su corta estatua quedaba disimulada por la juventud. Ahora, a pesar de que seguía soltero, no se hacía demasiadas ilusiones sobre sus dotes de conquistador.

Edith trajo una gran fuente de carne asada, con patatas hervidas

y verdura como guarnición. La carne despedía un aroma subyugante. A Eddie le tocaron unos cuantos trozos de aspecto maravilloso.

El olor y el aspecto correspondían enteramente a su sabor. Eddie no había probado nunca una carne tan exquisita.

De pronto, la señora Hampsbury apartó su plato de la mesa y, con voz disgustada, dijo:

—¡Edith, este niño está crudo!

* * *

El tenedor suspendió su viaje hasta la boca del huésped. Eddie miró con ojos atónitos a la señora Hampsbury.

«Vaya una bromita», pensó.

—Lo siento, señora: tuve al niño en el horno todo el tiempo que usted me indicó —se disculpó la sirvienta.

—Tengo la impresión de que este niño era un poco crecidito —dijo May McCabe—. Harriet, dime, ¿cuánto tiempo le calculas tú?

Harriet Inster, una espléndida rubia de exuberante figura, hizo un gesto de displicencia.

—Oh, unos ocho meses —contestó.

—Los niños, cuando mejor están, es a los dos meses —dijo la pelirroja Lil Darnley—. Entonces es que se deshacen en la boca.

—Otro día, procure tener al niño diez minutos más en el homo, Edith —dijo la señora Hampsbury.

—Bien, señora —contestó la sirvienta, impasible.

Eddie contempló horrorizado los trozos de carne que aún quedaban en su plato. Había consumido ya dos tercios, de la ración servida. Si se trataba de una broma, podía pasar, se dijo, con el estómago en rebeldía.

—¿No quiere seguir cenando, señor Salton? —preguntó la señora Hampsbury amablemente.

—Señora…, dispénseme, pero… es que he oído…

—Claro que ha oído y ha oído bien —respondió la mujer, sin dejar de sonreír con toda cortesía—. La carne es de niño.

—Aunque, a decir verdad, yo ya tengo ganas de pescar un buen filete de persona adulta, quizá mejor hombre, que tiene menos grasa —manifestó Linda Harpann, una espectacular morena que sostenía con los dedos de su mano derecha una costillita a medio

roer—. Sabe, incluso, mejor que el buey.

—¡Por favor! —dijo Salton.

—Pero ¿qué le pasa? —Preguntó la señora Hampsbury—. ¿No le gusta la carne de niño?

—Es la falta de costumbre —dijo May McCabe.

Eddie empezaba a sentir ya vértigos. Unas náuseas horribles subían de su estómago a la boca. En aquel momento, hubiera dado media vida por hallarse a mil millas de la casa.

—No…, no tengo apetito —dijo con voz desfallecida.

—Pues es una lástima, porque, si no sabe cuándo va a volver por aquí, tardará mucho tiempo en probar otra vez niño asado —dijo Harriet.

Eddie se levantó de la mesa, con la servilleta en la boca. Tropezando con los muebles, se marchó del comedor, oyendo, como procedentes de un mundo infinitamente distante, las bromas y risitas de las chicas.

—¡Qué remilgado!

—Lo dije antes, falta de costumbre…

—Por supuesto, la señora Hampsbury tenía razón: el niño ha quedado un poco crudo.

—Y «él», ¿qué tal quedaría?

—Algo durillo; no.

—Pero la carne dura se ablanda si haces el guisado en una olla *express*…

Aquella noche, Eddie no pegó ojo. Ni siquiera se quitó la ropa. Esperaba con ansioso terror la llegada del nuevo día. En cuanto hubiese luz, se marcharía, abandonando aquella mansión de locura, donde habitaban media docena de brujas antropófagas.

De vez en cuando, oía algún ruido en alguna parte y pensando en que, en cualquier instante, podían venir a buscarle, para convertirle en sabrosos trozos de carne para el cocido. Pensar que se había convertido en un antropófago, se le hacía insoportable.

De repente, se le ocurrió una idea.

En la cocina, en alguna parte, debería de haber un hacha. Se iría sin hacer ruido y abriría paso a hachazos en el seto de boj. Incluso contaba a su favor con el hecho de que el lugar por donde había entrado estaba a un nivel más bajo que el de la casa, lo que le permitiría hacer que el coche rodase sin necesidad de poner el

motor en marcha.

Tomada la decisión, abandonó el dormitorio con grandes precauciones. La casa estaba en completo silencio.

Paso a paso, llegó a la cocina. Abrió y vio que había una mujer junto al frigorífico, preparándose un bocadillo.

Era Linda Harpann, ataviada con un espectacular salto de noche, que velaba muy poco de su exuberante figura. Ella oyó un ligero ruidito y alzó la mirada, ya con el bocadillo en las manos.

—¿Quiere otro? —Invitó—. Es carne guisada, fría, muy buena, señor Salton.

—Ten… tengo sed… —tartamudeó Eddie.

Linda mordió el bocadillo y extendió la mano al mismo tiempo.

—Ahí —señaló la alacena.

Salton corrió hacia el mueble y lo abrió. Había botellas y vasos. Uno de éstos quedó lleno de *whisky* y lo despachó de un trago.

—Póngame a mí otro vaso —dijo Linda, con la boca llena—. La carne de hombre no sabe buena si no se la riega con un par de buenos tragos.

El cuello de la botella que Eddie tenía en la mano tintineó violentamente contra el borde del vaso.

—¿Carne… de… hombre…?

—Claro. Bien guisada, también resulta muy sabrosa. El pescado no nos gusta, es muy insípido.

De repente, Eddie sintió en el cuello el frío contacto de una mano.

—Linda, ¿crees que el señor Salton tendría buen gusto? —preguntó una mujer a espaldas del huésped.

—Psé —respondió la consultada—. Lo encuentro algo grasiento, pero, claro, cuando no hay otra cosa, una se agarra a lo que encuentra…

Los nervios de Eddie saltaron. Un espantoso alarido brotó de su garganta. Dio media vuelta y, atropellando a la mujer que acababa de llegar, huyó enloquecido de la casa.

Sus alaridos de terror perforaron la noche y se alejaron paulatinamente hasta extinguirse por completo.

CAPÍTULO II

Desembarcó del coche y, con paso ágil, atravesó la explanada que había delante del hospital. Chester Franks entró en el edificio, se dirigió a recepción, solicitó una información y, una vez obtenida, se encaminó a uno de los ascensores.

Minutos después, se hallaba en la quinta planta. Buscó la habitación diecisiete. Un hombre, vestido con bata blanca, salía en aquel momento.

—Doctor —dijo el visitante—, soy Chester Franks.

La mano del médico se tendió espontáneamente.

—Entre, señor Franks, aunque le ruego sea breve —recomendó.

—Sí, doctor, pero, dígame, ¿qué le pasa a mi amigo?

—Padece alucinaciones… No le haga mucho caso; para mí, no es más que exceso de trabajo, combinado, también, con exceso de alcohol. Esa combinación puede resultar explosiva y producir alucinaciones que el paciente toma como hechos reales.

—*Delirium tremens*.

—No diría yo tanto, señor Franks, porque sé que el señor Salton no es un alcohólico empedernido. Pero, a veces, se cometen excesos…

—Sí, comprendo. Doctor, siento no haber podido venir antes; estaba de viaje y apenas hace una hora que me encontré con el aviso del hospital.

—Comprendo. Bien, entre, charle un poco con su amigo, dígale que pronto estará sano y…

—Sí, doctor.

Franks abrió la puerta. En el lecho había un hombre con los ojos cerrados. El visitante entró, cerró y se acercó a la cama.

—Eddie —llamó.

El paciente abrió los ojos.

—¡Chester! —exclamó—. Gracias a Dios que has venido… Por favor, haz algo… Ve a Elsthone…, tienes que destruir aquella horrible mansión… Comen personas… yo cené carne de niño… Son antropófagas…, querían matarme a mí también para comérseme después…

Franks se alteró. Su amigo estaba mucho peor de lo que se había figurado.

—Pero Eddie…

Salton alargó una mano y agarró el brazo de su visitante.

—Lo harás, ¿verdad? No tengo otro amigo que tú en el mundo… Conocidos, muchos, pero amigo de veras solamente tú… La señora Hampsbury se quejó de que el niño estaba crudo…

Franks se preguntó qué clase de alcohol habría tomado Salton para continuar todavía, al cabo de una semana, con aquellas obsesivas ideas. Realmente, había ido preparado para verlo muy enfermo, pero no tanto, se dijo.

Estuvo unos minutos con él y prometió hacer todo lo que le pedía, a fin de conseguir que se tranquilizara. Luego salió al pasillo.

Sudaba. Sacó un pañuelo y se secó la frente. Luego se puso un pitillo en los labios. Una mano, armada con un encendedor en funcionamiento, le dio fuego.

—Soy el inspector Buchanan, de la policía de Boston —se presentó el hombre.

Franks expulsó una bocanada de humo.

—Encantado, inspector —dijo.

—Por lo visto, es usted amigo de Eddie Salton.

—Sí, en efecto. Mi nombre es…

—Le conozco, señor Franks. Pero usted y Salton se llevan diez años de diferencia.

—Es cierto. Sin embargo, en tiempos, nuestras familias fueron vecinas. Yo tenía doce años y Salton, que ya era un hombre, me llevaba con él siempre de caza y pesca. A mí me gustaba mucho salir de excursión con él. Siempre tenía historias nuevas que contarme.

—Comprendo. La amistad ha perdurado a través del tiempo.

—Sí, aunque ahora hacía bastante que no nos veíamos. Pero teníamos la intención de hacer otra de nuestras excursiones el próximo verano.

—La historia que cuenta su amigo es fantástica. No falta ningún niño ni ninguna persona ha desaparecido en Elsthone o en sus alrededores, desde hace muchísimos años.

—Ah, ya ha investigado usted…

Buchanan sonrió.

—Figúrese, en cuanto me llegó la noticia del hospital… Pero la impresión recibida por su amigo debió ser fortísima.

—¿Cómo lo trajeron aquí, inspector?

—Lo encontraron cerca de Elsthone, empapado de rocío, delirando y en un estado indescriptible. Hablaba también de una trampa… No recuerdo ahora el nombre exacto del animal, ya se lo diré en otro momento, pero se trata de un bicho que espera agazapado en su madriguera. Emite una sustancia viscosa que desprende un olor agradable. Los insectos pasan cerca y, atraídos por el olor, penetran en la madriguera. Cuando se dan cuenta de la trampa, intentan escapar, pero ya no pueden. A menos que sean insectos muy grandes.

—Sí, entiendo. ¿Qué más?

—Pues… Matson House, la casa de la señora Hampsbury, donde su amigo estuvo la noche en que enloqueció, no tiene nada reprochable. La señora Hampsbury se dedica a entrenar muchachas bellas y distinguidas que quieren hacer un buen matrimonió.

—No sabía que para casarse bien se necesitaba entrenamiento —dijo Franks.

Buchanan rió suavemente.

—Nunca faltan los tipos que con abundante «pasta» buscan a una mujer que adorne su casa, lo mismo que la adornaría un cuadro o una estatua de firma —contestó—. Bella, elegante, distinguida, refinada, con cierta gracia… Carla Hampsbury proporciona una esposa así, a quien tiene dinero suficiente para pagar esa especie de mirlo blanco.

—Sí, creo que entiendo.

—Salton fue a parar allí, ignoro la forma en que ocurrió, pero a partir de ese momento es cuando empezó a decir que en Matson House se come carne de niño. Para mí, le hicieron objeto de una broma gigantesca, pero él se lo tomó en serio.

—Eso no sería muy propio de un lugar donde se enseña a las muchachas a ser elegantes y distinguidas. ¿Se imagina usted a una

de esas jóvenes quejándose en la mesa de que la carne de niño está cruda?

—No, evidentemente; los invitados lo tomarían como una broma de pésimo gusto y no digamos su marido. Pero el caso es que fue allí donde sucedió. O, por lo menos, donde su amigo dice que sucedió.

Franks asintió pensativamente.

—Tendré que investigar —dijo—. Si no le importa a usted, inspector.

Buchanan sonrió maquiavélicamente.

—En cuanto conocí su nombre, me imaginé diría algo así —contestó.

—Me presentaré buscando esposa. ¿Le parece bien?

Buchanan miró con ojo crítico al hombre que tenía frente a sí. Era alto, de anchos hombros, fornido y vestido con cierta elegancia y descuido, que le confería un singular atractivo ante las mujeres; El policía sintió una íntima envidia del joven. Aparte de la edad, Franks tenía fama y dinero, bien que ambas cosas tuvieran un legítimo origen y ambas ganadas a pulso por su dueño.

—Trate de mantenerse en contacto conmigo —se despidió.

* * *

Chester Franks llegó al día siguiente a su elegante despacho y dio una orden a su secretaria:

—Tráigame los periódicos del día, Betsy.

—Está bien, señor Franks.

La secretaria entró a poco con un gran fajo de diarios, que depositó sobre la mesa, y una bandeja con el correo.

—Hemos tenido bastante correspondencia estos días, señor —informó, mientras Franks desplegaba el primer diario.

—Si no se trata de algo estrictamente personal, lo demás deberá ser despachado por el señor Carpenter.

—Sí, señor…

La secretaria empezó a seleccionar las cartas que deberían ser despachadas por el socio y principal ayudante de su jefe. Franks, mientras tanto, se había sumido en la lectura de la Prensa.

Una noticia llamó su atención al cabo de un buen rato. Era la reseña de los funerales de un acaudalado individuo llamado Elmus

H. Baines, en los que había estado presente su viuda, Mathilda. Se citaban también algunos nombres, entre los cuales Franks captó el de Carla Hampsbury.

Baines había sido un ciudadano prominente en vida, puesto que, después de muerto, había disfrutado del honor de ver publicadas algunas de las fotografías de los funerales. En una de ellas, aparecía la viuda, una hermosa joven, completamente enlutada, sostenida en parte por una mujer algo mayor, de unos cuarenta años y porte sumamente distinguido.

Franks no la había visto nunca, pero se imaginó en el acto la identidad de la distinguida cuarentona.

Recordó la noticia, con las fotografías y apartó los recortes a un lado. Luego continuó la lectura. Unos minutos después, encontró un discreto anuncio, situado casi en las profundidades del diario: Escuela de matrimonio.

El anuncio describía muy sucintamente alguna de las peculiaridades de la escuela —«de matrimonio», en singular, observó Franks—, y facilitaba su dirección: Matson House, Northwest Road, Elsthone. Pero indicaba ningún número de teléfono y solamente un apartado postal en la estafeta de Correos de Elsthone.

Franks recordó también el anuncio. Continuando la lectura, encontró, en la página de sucesos, el relato de un crimen tan misterioso como horrible.

Era curioso, el asesinato se había cometido en las inmediaciones de Elsthone. El muerto se llamaba Philip Onslow y había sido atacado por un sádico, de indescriptible fuerza, que le había torcido el cuello, después de haberle propinado horribles mordiscos. El brazo izquierdo de Onslow faltaba y no había sido hallado.

Tras algunos segundos de reflexión, Franks hizo una llamada telefónica.

Buchanan contestó a los pocos momentos.

—Encantado, amigo Franks —dijo—. ¿Alguna novedad?

—En cierto modo. ¿Ha leído la reseña del crimen de Elsthone?

—Sí, y aunque eso cae fuera de mi jurisdicción, he enviado a un agente para que se informe sobre el terreno, aunque, por supuesto, sin tomar ninguna decisión.

—A la víctima le faltaba un brazo. No habrá ido a parar a alguna

olla, inspector.

—Vamos, vamos, Chester, no irá a decirme ahora que cree en la historia de su amigo.

—¿Es que los niños que sirven allí en la cena han de proceder precisamente de Elsthone?

Buchanan soltó un bufido.

—Tiene usted un humor envidiable y yo mucho trabajo —contestó—. Le llamaré, apenas haya recibido el informe de mi enviado.

—Gracias, inspector.

Los dedos de Franks tabalearon durante largo rato sobre la mesa, después de concluido el diálogo con el policía. Pasada media hora, levantó el teléfono y marcó un número.

—Casa de la señorita Hood —informó una voz femenina.

—Arthemis, soy yo, el señor Franks —dijo el joven.

—Oh, señor Franks, aguarde un momento, por favor: la señorita está en el baño…

Franks esperó. Otra voz de mujer sonó a los pocos momentos en su oído.

—Chester, ¿estás malo? ¿Qué cataclismo se ha producido para que te hayas dignado acordarte de esta humilde esclava?

—No hay tal cataclismo. Pero sí lamento que mi teléfono no disponga de pantalla, como en las películas futuristas. Estoy seguro de que ahora estaría contemplando un espectáculo fascinante.

Norma Hood lanzó una alegre carcajada.

—¡Sátiro! Estoy sumergida en espuma hasta el cuello —contestó.

—¿Y no es un bonito espectáculo?

—Sin duda, pero tú no me has llamado al cuarto de baño sólo para decir que lamentas no estar aquí. ¿Qué te ha pasado?

—Tengo que pedirte un favor…

—Tú, un favor a mí. ¡Arthemis, sujéteme o me ahogaré!

Franks lanzó un resoplido.

—Esto no es cosa de broma —dijo—. Norma, tú siempre has deseado entrar en mi agencia.

—Adoro las aventuras, Chester.

—En tal caso, te voy a proponer una.

—Pero no ahora, sino a la hora del almuerzo. En el Finlay's.

A las doce —citó Norma.

—Son ya las once…

—Cuando quiero, soy un relámpago vistiéndome. Mira, ya estoy fuera de la bañera…

—No me tientes, Norma.

Ella volvió a reír.

—Me verás a las doce y no separados por dos kilómetros y medio, sino por una simple mesa. Hasta luego, Chester.

—Di, jefe, Norma.

—Sí, jefe.

Franks volvió a colgar el teléfono.

Sentíase satisfecho de la idea. Creía que Norma Hood era la mujer adecuada para saber exactamente… cuál había sido el menú de la cena que tan desastrosos efectos había causado en su amigo Eddie Salton. Era mejor idea que presentarse en Matson House, solicitando esposa.

CAPÍTULO III

Franks contempló satisfecho a la elegantísima joven que tenía ante sí. Norma sabía vestir bien por poco dinero, aunque éste era un capítulo que no preocupaba en absoluto. Tenía un tipo magnífico y un gusto exquisito, pero lo que más gustaba a Franks era el inagotable buen humor de que aquella muchacha hacía gala en todo momento.

Los ojos azul oscuro de Norma eran preciosos, observó él. Siempre le había gustado aquel color de pupilas. En cuanto al tono leonado de sus cabellos, cortos, en melena de paje, resultaba sumamente agradable y completaba el conjunto de atractivos que se daban en la joven.

—De modo que tengo que ir a Matson House e inscribirme para un curso de matrimonio… —dijo Norma, después del primer sorbo del aperitivo que precedía al almuerzo.

—En primer lugar, escribirás al apartado postal de la escuela, interesándote por su funcionamiento, tiempo de estancia, enseñanza, honorarios y demás detalles. Necesitamos datos concretos, aunque sean los de rutina que la señora Hampsbury enviará a sus clientes, para tener una idea de la clase de asunto que es. Y según la respuesta, te inscribirás para un curso.

—¡Magnífico! —aprobó Norma.

—Por supuesto, gastos a cuenta de la agencia.

—Chester, yo tengo dinero…

—Eres mi subordinada.

Ella sonrió, a la vez que se llevaba la mano a la sien derecha.

—A la orden, señor.

—Gracias. Norma, puede que todo esto sea un simple asunto de engañabobos, una estafa mejor o peor preparada; pero también puede ocurrir que se trate de algo más grave. Por tanto, debes estar

preparada y tener muy en cuenta, en el segundo caso, que no será cosa de broma en absoluto.

—Lo tendré en cuenta constantemente, Chester —prometió ella.

—Mucho mejor. Ahora, cuando terminemos de almorzar, vendrás a mi despacho y allí mismo redactarás la carta solicitando informes. A mano, por supuesto.

—Sí, entiendo.

—Estoy preocupado por Eddie, francamente —declaró Franks—. Conozco bastante bien a Eddie y, pese a la diferencia de edad, somos muy buenos amigos Cuando yo era pequeño, él hizo de hermano mayor para mí en muchísimas ocasiones.

—Le aprecias, vamos.

—Sí. Quizá tú no lo entiendas bien. No lo conoces y, por tanto, cuando lo veas, te parecerá zafio, grosero con chistes subidos de color y lenguaje demasiado fácil. Pero es una excelente persona y un magnífico vendedor. No se puede tener todo a la vez, ¿comprendes?

Norma miró con simpatía a su interlocutor.

—La zafiedad y la grosería de tu amigo son sola mente el barniz exterior —dijo—. Lo que importa verdaderamente es lo de dentro, y si es bueno, como tú dices, también él será mi amigo.

—Gracias por tu comprensión, preciosa —sonrió él—. Y ahora, ¿qué te parece si nos ocupamos de este filete?

Norma contempló un instante la carne de su plato.

—Confío en que el adolescente estuviese tierno —arguyó bromeando.

—La carne que Eddie comió decían que era de niño.

Y según la señora Hampsbury estaba poco hecha.

—¡Qué broma tan rara! —murmuró ella—. ¿Por qué se burlarían de él?

—No tengo la menor idea, pero es el caso que las «alumnas» de Carla Hampsbury siguieron la broma… y le hicieron enloquecer.

—¿Has vuelto a verle?

—Sí, esta mañana, unos minutos, antes de ir a la oficina. La obsesión de su antropofagia no desaparece totalmente. Dice, además, que cayó en una trampa, que le fue preparada como por arte de magia. El seto que bordeaba el camino creció en cinco minutos y le cerró el paso.

—Como las habichuelas mágicas.

—Algo por el estilo. Francamente, tengo vivos deseos de saber qué pasó allí.

—Yo lo averiguaré —afirmó Norma.

* * *

Tres días más tarde, Franks recibió una llamada del inspector Buchanan.

—Me sorprende saberle todavía en Boston —dijo el policía.

—Estoy esperando —contestó Franks.

—¿Esperando? ¿A qué, si puede saberse?

—Puede, Alf. Quiero averiguar a fondo lo que pasa en Matson House.

—Sí. Y ha destacado antes a algún espía…

—Todavía no. Además, el espionaje no se va a realizar en la forma que usted piensa.

—Dígame cómo, Chester, no me mate de curiosidad.

—Es bien sencillo. Pienso infiltrar un agente propio en las filas del enemigo. O en la fortaleza adversaria, como guste.

—Oh, algún jardinero o algo por el estilo. Matson House posee unos jardines muy bonitos, aunque algo descuidados, según me informó mi agente.

—Nada de jardinero. A Matson House irá una chica que quiere averiguar cómo se pesca un marido rico.

—Oh, creo que ya comprendo. ¿Lo conseguirá?

—Voy a darle un consejo. ¿Conoce a Mathilda Baines?

—¿La viuda de Elmus H. Baines, el millonario recientemente fallecido?

—La misma.

—Una mujer hermosa. Y ahora, libre y rica a los veintisiete años. Las hay con suerte, Chester.

—Quizá ella buscó esa suerte.

—Muchacho, ¿insinúa usted una viudez provocada?

—Investigue, por favor.

—Dos médicos eminentes certificaron la muerte de Baines por paro cardíaco.

—Cuando a uno lo atropella un camión de treinta toneladas, también se le para el corazón, Alf.

—Es usted muy gráfico, Chester. Seguiré su consejo.

—Con la mayor discreción, por supuesto.

—Eso no se dice siquiera. Pero ¿por qué sospecha usted de Mathilda Baines?

—La vi, en las fotografías del funeral, con Carla Hampsbury. Quizá, la escuela de Carla, sea más de viudez de marido rico que de matrimonio.

Buchanan soltó un resoplido.

—«Cómo pescar a un marido rico y enviudar a los seis meses, en diez breves y fáciles lecciones», ¿no?

—Algo por el estilo, Alf —convino el joven.

—Sí, pero la burla del niño asado resulta incongruente en este caso, me parece a mí.

—A primera vista, puede que sea como dice. Pero tal vez tenga alguna relación. A propósito, Alf, ¿qué sabe de la muerte de Onslow?

—Nada más. El más absoluto misterio se cierne sobre ese crimen —dijo el policía melodramáticamente—. Sin embargo, mi agente oyó hablar de una fiera salvaje, desconocida en la región, aunque nadie la ha visto hasta ahora. Sólo se han oído algunos gruñidos que, eso sí, sonaron siempre por la noche y pusieron los pelos de punta a los pocos que los escucharon. Es todo lo que sé, Chester.

—Está bien, Alf. Téngame al corriente si averigua algo más.

—Lo mismo digo.

—De acuerdo.

Cinco días más tarde, Norma llamó al despacho de Franks.

—Tengo la respuesta de la escuela —dijo.

—Cenaremos juntos. A las seis y media, en el Pilgrims.

—Sí, jefe.

Norma se presentó deslumbrante de belleza y elegancia. El escote, nada audaz, lo parecía, sin embargo, debido a la hermosura del vestido. La melena de paje tenía embobado al joven.

—Me pregunto dónde he tenido yo los ojos hasta el momento —dijo él, después de encargar el menú.

—En el cogote, no cabe la menor duda —rió ella.

—Seguro. Y te diré una cosa: no necesitas asistir a una escuela de matrimonio, para conseguir marido.

—¿Tú?

Franks saltó en el asiento.

—Norma, por favor, un poco de seriedad —dijo.

—Ah, vamos, te gusto, pero sólo para cenar, conversar… y ser tu subordinada.

—Yo no he dicho tanto…

Ella le miró maliciosamente…

—No sigas o te enredarás tanto, que parecerás aún mayor embustero de lo que eres. Bien, he traído conmigo la carta de respuesta de la señora Hampsbury. ¿Quieres leerla?

—Con mucho gusto.

La carta pasó a manos del joven, quien la leyó con suma atención un par de veces. Al terminar, levantó la vista.

—Un curso de tres semanas, tres mil dólares, pagaderos por adelantado, y una razonable seguridad de conseguir un marido con buena posición —dijo.

—Eso dice. Pero me parece caro, a mil dólares por semana…

—Si pescas un marido de los que ganan mil dólares al día, resultará barato. Bueno, eso es lo que deben de pensar las otras chicas. Pero no dice cómo se consigue ese marido.

—Lee bien. La carta habla que también la escuela posee relaciones suficientes para facilitar el matrimonio, aunque si se consigue, será preciso abonar los gastos ocasionados por las entrevistas con el pretendiente.

—Lo que significa una comisión para Carla Hampsbury.

—Exacto.

Franks levantó su copa.

—Deseo que encuentres pronto un marido rico —sonrió.

—Yo me conformo con un marido —dijo ella—. Contestaré afirmativamente —añadió—. ¿Y después?

—Irás a Matson House y te llevarás, muy bien disimulado, un transmisor de radio. Mañana estableceremos un plan de horarios de comunicaciones. ¿Te parece bien?

—Perfecto —aprobó ella.

* * *

El enfermo tenía los ojos cerrados cuando entró su visitante. Franks esperó, discreto, unos minutos, y tocó el hombro de Salton.

—Eddie —llamó.

Salton abrió los ojos.

Sonrió.

—Ah, eres tú, muchacho —dijo.

Franks tomó una silla y se sentó junto a la cama.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Bien, mucho mejor.

—¿Sigues pensando en Matson House?

Salton frunció el ceño.

—Me va a costar mucho olvidarlo —dijo.

—Eddie, ¿de veras crees en la fábula del niño asado?

—Ellas lo decían. Y hablaban completamente en serio. Son una colección de locas, Chester.

Franks se dio cuenta de que su amigo empezaba a excitarse.

—Cálmate, Eddie —dijo—. Estoy aquí para ayudarte. Por cierto, ¿te hace falta dinero? Llevas unos días sin trabajar…

—Oh, no, gracias; tengo un buen pico en el Banco. El dinero no es problema. —Salton se tocó la frente—. El problema está aquí —añadió, significativamente.

—Comprendo. Eddie, tú crees que caíste en una trampa.

—Sí. ¿Conoces Matson House?

—Lo más cerca que he estado de esa casa fue hace tres años, cuando pasé de largo por Elsthone —contestó Franks.

—Bueno, el camino que me indicaron en Elsthone…

—¿Quién te dio esa indicación?

—Se llama Pete Jeeles y es dueño de la única taberna que hay en el pueblo. Yo fui a visitar a un cliente que me habían recomendado y luego tenía que dirigirme al noroeste. Jeeles me señaló una ruta más corta y caí en la trampa de la…

—Ah, la cazadora de insectos.

—Sí, justamente. El camino atraviesa un seto enorme, más de dos metros de alto y casi otro tanto de grueso. A un cuarto de kilómetro de ese paso, otro seto análogo me cortó el camino. Di media vuelta y entonces encontré igualmente cortada la carretera. Naturalmente, fui a la casa para solicitar ayuda y así fue como me quedé allí.

Franks anotó en su memoria el nombre del tabernero. ¿Había engañado deliberadamente a su amigo?

Sería cosa de averiguarlo en persona, se prometió.

Sacó una llave del bolsillo y la puso sobre la mesilla de noche.

—Cuando salgas del hospital, ve a mi cabaña de Harmod's Point. Pásate allí un par de semanas, quedarás como nuevo —aseguró.

Salton sonrió agradecido.

—Eres un buen amigo —dijo.

Franks abandonó el hospital. Norma partía al día siguiente para Matson House.

La campaña iba a empezar. Chester Franks sentía un particular interés en conocer la realidad de aquella pretendida escuela de matrimonio.

De vez en cuando, podía permitirse una investigación por su cuenta, sin tener que depender de nadie más ni preocuparse posteriormente por la minuta de gastos. Confiaba en Norma, por otra parte; era la clase de ayudante que cualquier otro, en su lugar, hubiese elegido sin lugar a dudas.

CAPÍTULO IV

El transmisor era extraplano, de apenas un centímetro de grueso, y estaba situado en el fondo de un pequeño bolso de viaje de Norma. Era obra de un artista, más que un experto, en la materia, quien ya había proporcionado a Chester Franks más de un aparato especial para sus investigaciones. El bolso tenía cuatro remaches de plata en las esquinas. Norma tiró de uno de ellos y desplegó la antena, cuya longitud era apenas superior al medio metro.

Estaba tumbada en una *chaise-longue*, en actitud indolente, con una revista al alcance de la mano, por si era sorprendida. Pegó sus labios a la base del bolso y llamó:

—Chester.

La respuesta tardó algunos segundos.

—Hola, Norma. ¿Todo bien?

—Sí, ya he dado la primera clase, tras la presentación de las otras alumnas. La señora Hampsbury es encantadora. Muy guapa.

—Dame los nombres de esas chicas y, si sabes, su procedencia. Haré que Dan investigue.

—De acuerdo.

El aparato de radio de Franks estaba conectado a una grabadora. Cuando terminó, Norma dijo:

—Me faltan un nombre o dos. Te los daré en el próximo contacto.

—Muy bien: ¿Qué tal es la casa por dentro?

—Excelente. Gustos exquisitos. Sencillo, pero, nada recargado, pese a su antigüedad.

—¿Qué más has visto?

—Bueno, llevo dos días tan sólo. Debo ser discreta, Chester. Por ahora, sin embargo, todo parece normal.

—¿Hay miedo en las chicas?

—No.

—Eddie habló de la cocinera.

—Sí, se llama Edith, aunque todavía no sé el apellido. Cincuenta años, adusta y fría, pero cortés.

—¿Otras sirvientas?

—No. Ella lo hace todo.

—La casa parece grande para una sola mujer.

—Es lo que me extraña. Pero es así, Chester.

—Muy bien. Por ahora, sigue igual, preciosa. Eh, estoy viendo a tres o cuatro chicas que corretean por el jardín, muy ligeritas de ropa, ciertamente. ¿Qué hacen, Norma?

—¡Desvergonzado! Apuesto a que estás con un telescopio así de grande, recreándote…

—¿Qué quieres que haga? Es mi oficio, Norma. Si fuesen hombres, también miraría.

—Pero no te divertirías tanto.

—Eso es verdad. Bueno, voy a llegarme al pueblo. Mañana, a la misma hora. Recuerda: si ves que vas a tardar, conecta el dispositivo de contacto demorado. Entonces, nos comunicaríamos después de las once.

—O. K., jefe.

Franks cortó la comunicación y recogió los trebejos.

Antes de abandonar su observatorio, sin embargo, lanzó una mirada más al jardín de Matson House.

Las chicas corrían y jugaban con un balón de vivos colores. A Franks aquel juego le pareció un tanto artificial, destinado quizá a impresionar a posibles observadores, aunque era muy probable que las jóvenes jugasen de buena fe.

Pero ¿por qué aquellas chicas, que buscaban un marido rico, habían declarado que el niño asado estaba tan rico?

Guardó los prismáticos y volvió a su coche, escondido a casi un kilómetro de distancia. Atardecía ya, cuando entró en Elsthone.

* * *

Pete Jeeles, el tabernero, era un tipo alto, fornido, adusto, pero servicial. Puso una jarra de cerveza sobre la mesa ocupada por el forastero y se alejó hacia el mostrador.

Franks consumió la mitad de la jarra apaciblemente. Luego, de

pronto, hizo una señal con la mano.

Jeeles acudió en el acto. Había muy poca clientela en el local.

—¿Señor?

—Debo pernoctar en Elsthone. Aguardaba a un amigo, pero no se ha presentado… ¿Puede recomendarme un albergue?

—Si el señor no tiene inconveniente, puede que darse en mi casa. Tengo un par de habitaciones que alquilo de vez en cuando a huéspedes ocasionales.

—Será un placer, señor…

—Jeeles, pero todos me llaman Pete.

—Yo soy Chester Franks —sonrió el joven—. Puestos ya a pedir, ¿podrá servirme, aunque sea un bocadillo de cualquier cosa?

—Queso, fiambres, carne fría…

—Queso será suficiente, muchas gracias.

De repente, Franks se había sentido muy aprensivo al oír mencionar la carne. Era preciso tener en cuenta que Jeeles era la persona que había indicado a Eddie el camino de la trampa vegetal.

—Muy bien, señor —contestó el tabernero.

Franks cenó con buen apetito. Cuando llegaba la ocasión, sabía ser frugal. Luego se distrajo contemplando un programa de televisión, en uno de los rincones de la taberna.

A las diez era ya el único cliente. Jeeles aguardaba impasible en el mostrador, leyendo una vieja revista. Franks se puso en pie, deseó buenas noches al tabernero y subió a su habitación.

Antes de acostarse, precavido, dispuso una pequeña alarma que le despertaría en caso de una intempestiva intrusión. Pero la noche transcurrió con entera normalidad.

Se levantó un poco tarde por la mañana. Con la excusa de esperar a su amigo, dijo que iba a dar un paseo por los alrededores y se marchó.

Volvió a mediodía.

—Su amigo, el señor Smithson, no ha llegado —informó Jeeles, a quien, falsamente, le había dado el encargo de hacer aguardar allí a un personaje inexistente.

—Es un informal —calificó Franks sin inmutarse—. Le aguardaré un día más y, si no viene, me marcharé.

De pronto, sonrió.

—Usted, sin duda, se preguntará por qué aguarde aquí a un

amigo —dijo.

—Siempre soy discreto, señor —contestó Jeeles.

—Pero me parece que le debo una explicación, precisamente por eso mismo. Mi amigo y yo hemos planeado una unión comercial. Si nos vieran juntos en Boston podrían recelar y el negocio se iría al traste. Estas cosas, a veces, sé llevan así, Pete.

—Claro, claro… ¿Quiere algo de almorzar?

—No me vendría mal. Fiambres, Pete.

—Como guste el señor.

Cuando le servía la comida, Franks hizo una pregunta:

—Pete, ¿es usted soltero?

—Soy viudo desde hace cinco años, señor. Una mujer del pueblo viene todos los días a hacerme la limpieza del local y de las habitaciones.

Franks asintió. Más tarde, salió a dar un paseo y estuvo observando detenidamente Matson House y el jardín que la rodeaba.

El seto, efectivamente, era muy alto y considerable mente grueso. Por el centro del jardín, pasaba un camino, abierto por ambos extremos. Franks se preguntó cómo era posible que su amigo hubiese encontrado cerrado primero el seto del lado noroeste y luego e del extremo opuesto.

Había una trampa, sin duda alguna. «Y las trampa: no lo parecen, hasta que uno ha caído en ella», se dijo.

A las cinco de la tarde, habló con Norma.

La joven fue puntual.

—Tengo los nombres de las dos chicas que faltan —dijo.

—Habla —invitó él.

Norma facilitó los nombres. Franks los grabó. Ben Carpenter, su socio y colaborador, investigaría el resto.

—¿Alguna otra novedad? —preguntó a continuación.

—Sí, varias. Primera, me han registrado el equipaje, mientras daba clase con Carla. Lo han hecho muy bien, pero he notado algunos defectos en el registro.

—Tardaban ya en hacerlo —comentó él—. ¿Qué más?

—Segundo: hoy he madrugado un poco y, salvo mi cuarto, supongo que también los de las otras chicas, toda la casa estaba en orden.

—Edith debe ser muy madrugadora —comentó Franks.

—Seguro. Y tercero: apenas hace media hora que ha legado Mathilda Baines.

—¿Sí?

—He oído su nombre y hasta la he visto a ella, aunque no de cerca. Hablaba con Carla, quien me pareció bastante enojada.

—¿Se queda ahí Mathilda esta noche?

—No lo sé. ¿Quieres que te llame?

—En todo caso, conecta la señal de demora. Bastará que la oiga para que sepa que Mathilda pernocta ahí.

—Está bien.

* * *

—Mi amigo no ha venido —se quejó Franks por la loche—. Temo que habré de marcharme mañana.

—¿Por qué no le telefonea? —Sugirió Jeeles—. El teléfono…

—Estas cosas necesitan un máximo de discreción, amigo Pete. El «chivatazo» puede surgir de quien menos lo espera uno, aunque, claro está, no me refería a usted al hablar así.

Jeeles hizo una ligera inclinación de cabeza.

—De todos modos, aquí se está bastante bien —continuó Franks —. Mañana iré a Boston y, si no mí arreglo con mi amigo, volveré a pasar unos días d vacaciones.

—Si al señor le gusta la pesca, yo puedo enseñarle un par de sitios donde logrará un buen botín.

—Muy amable, Pete. Sí, tal vez venga a pescar, aunque, ¿le parece que debo ir armado?

—¿Por qué, señor? Esta región es muy pacífica.

—No lo dudo, pero hace pocos días leí la noticia de un crimen espantoso…

—Bah, era un vagabundo. Ni siquiera vivía en Elsthone —contestó Jeeles despreciativamente.

Franks estuvo a punto de contestar que el asesino sí podía vivir en Elsthone, o en sus inmediaciones pero se contuvo. Le convenía congraciarse con el tabernero.

—Bueno —sonrió—, la verdad es que, cosas así, no suceden todos los días.

—Por supuesto, señor —asintió el tabernero cortésmente.

A las once de la noche, sonó la señal de contacto demorado.

Franks se echó a dormir. Mathilda se quedaba e Matson House.

Norma la vigilaría.

* * *

Después de haber conectado la señal de radio, Norma, vestida con suéter y pantalones negros, y el pelo recogido bajo un casquete del mismo color, se asomo a la puerta de su habitación.

Había visto que Mathilda se dirigía al dormitar de Carla. Pisando de puntillas, a pesar de que iba calzada con unas zapatillas de suela muy blanda, se acercó a aquella puerta.

Las demás chicas dormían. Por lo menos, se habían encerrado en sus alcobas.

Del bolsillo de los pantalones, Norma sacó un pequeño disco que aplicó a la madera de la puerta. Un delgado cable, conectado a un audífono, partía del disco. El audífono se alojó en la oreja derecha de la joven.

Las voces de Carla y Mathilda llegaron distintamente al tímpano.

—Le digo que es cierto. Elmus resultó ser un tramposo —exclamó Mathilda.

—Ni por un momento creas que voy a tragarme esa fábula. A aquel viejo verde se le calculaban dos millones…

—Ni dos mil dólares. Se lo gastó todo aquí y en una boda, parte de cuyos gastos estaban aún impagados cuando él la diñó. Las joyas que me regaló eran falsas. Las hice tasar… ¡Elmus nos timó a las dos, se lo aseguro!

—Sigo sin creerte, Mathilda. Te calé casi desde el primer momento. Debí haber roto el contrato, pero también una está expuesta a los errores.

—Todo lo que usted quiera. Si no me cree, allá usted. Pero no por eso me sacará un dólar, porque, sencillamente, no lo tengo.

De pronto, Norma creyó escuchar un ruido en la planta baja. Aprensiva, despegó el micrófono y corrió a su habitación.

En el momento que entraba, le pareció oír un extrañó gruñido, como el de alguna fiera descomunal, furiosa por el encierro a que estaba sometida. O tal vez porque tenía hambre…

La voz de Edith sonó en la planta baja:

—¡Calla, maldito, calla de una vez!

Luego, Norma, con la piel de gallina, oyó el chasquido inconfundible de un látigo. El miedo le hizo cerrar la puerta con doble vuelta de llave.

¿Qué clase de bestia monstruosa se albergaba en aquella residencia?

De pronto, en su dormitorio, Carla Hampsbury arrojó un chorrito de gas al rostro de Mathilda.

La joven tosió, estornudó y luego protestó con interjecciones que dejaban en muy mal lugar las enseñanzas recibidas en aquella escuela:

—Pero ¿qué maldito mejunje es éste? ¿Qué porquería me ha echado a la cara? ¿Acaso cree que me huele el aliento?

Carla sonrió de un modo singular. Mathilda dio media vuelta, y se dirigió hacia la puerta, pero antes de poner la mano en el picaporte, sonó la voz de Carla:

—¡Quieta!

Mathilda obedeció… Carla caminó hacia ella y le puso una mano en el hombro.

—Ahora ya puedes andar, pero conmigo —dijo.

—Sí, señora —contestó Mathilda mansamente.

De un modo vago, se daba cuenta de que había sido narcotizada, pero no podía resistirse a las órdenes de Carla. Notó en su brazo derecho la mano de la mujer y salió del dormitorio, sin hacer el menor gesto por desasirse.

Momentos después, estaba en la planta baja. Carla la guió a lo largo de un estrecho pasillo, débilmente iluminado, al final del cual había un liso muro de piedra.

Pero el muro giró a un lado. Mathilda no dijo nada; a dos pasos de la abertura, había una espesa cortina de tela rojiza. No obstante, sí pudo percibir un olor fétido, el mismo que despediría una bestia sucia y descuidada.

—Avanza dos pasos más —dijo Carla—. Luego descorre la cortina.

—Sí, señora.

Carla retrocedió. La puerta de piedra se cerró de nuevo. Carla se apoyó en lo que ahora era el final de un pasillo ciego. Cerró los ojos; no quería imaginarse siquiera lo que iba a suceder…, pero lo hacía por su propia tranquilidad.

Al otro lado de la puerta, Mathilda descorrió la cortina de un tirón. Entonces, súbitamente, recobró la consciencia.

El ser que había en el fondo del cuarto se levanto gruñendo de un modo horrible. Mathilda gritó…, pero nadie oyó sus desesperadas voces. El corazón se le rompió de miedo, cuando una velluda zarpa se apoyó en su blanco cuello.

CAPÍTULO V

—Está bien —dijo Franks al día siguiente, después de que Norma le envió un informe de urgencia—. Trataré de conseguir la autopsia del cuerpo de Baines, aunque lo veo muy difícil. La calidad de los médicos que atestiguaron su defunción, lo obstaculizará considerablemente, si es que no lo impiden. Pero de todos modos, es bueno saber que estaba arruinado.

—Según Mathilda, Baines era pura fachada. No me explico, entonces, para qué vino a buscar una esposa a Matson House.

—Querida… una esposa bella y distinguida, puede, a veces, ayudar en los negocios.

—Sí, ya entiendo. Pero él murió muy pronto…

—Quizá a causa de la misma belleza de su mujer.

—Lo que yo creo es que Mathilda aceleró el fin de su esposo y que Caria debía cobrar una comisión, muy elevada, por supuesto; pero se ha visto chasqueada por la ruina de Baines. Para mí, Carla es cómplice de ese asesinato.

—Está bien. Investigaré. Y tú, mucho cuidado.

—Sí, Chester.

Cuando se cortó la comunicación, Norma lamentó no haber mencionado las imprecaciones de Edith y los chasquidos del látigo, como tampoco los extraños gruñidos que habían dado origen al incidente. Pero puesto que Chester había manifestado su intención de marcharse, no quiso llamarle de nuevo.

Volvería a observar y se lo contaría en su próximo contacto, decidió finalmente.

En la taberna, Franks abonaba su cuenta.

—Si el señor quiere seguir un camino más corto, vaya hacia el norte y desvíese a dos millas hacia el noroeste. Parece extraño, pero ese atajo le ahorrará quince minutos de viaje —recomendó Jeeles.

—Lo tendré en cuenta, Pete, muchas gracias. Se lo repito, si despacho entre hoy y mañana, pasado me tiene aquí de vacaciones… y a pasar también el disgusto de un negocio fallido.

—Ojalá todo le salga bien —deseó el tabernero amablemente.

Franks subió a su coche. Era modesto de apariencia, pero con un motor de gran potencia. Le convenía un coche de tales cualidades.

Arrancó sin prisa y guió por la ruta señalada. Unas semanas antes, Eddie también había hecho el viaje. Un cuarto de hora más tarde, alcanzó el seto. Estaba abierto y pasó sin dificultades.

La casa quedaba a unos doscientos metros a su derecha. Lanzó una mirada casual, como habría hecho cualquier otro conductor, y siguió a marcha moderada. Extraña dueña la de aquella mansión, que permitía una servidumbre de paso por el centro de su parque.

La salida del lado opuesto estaba abierta. Entonces, Franks halló la solución a la trampa en que había caído su amigo.

Sonriendo, continuó el viaje. Antes de mediodía, estaba en Boston.

Después de descansar ligeramente, hizo una llamada telefónica. El inspector Buchanan le dijo que las investigaciones acerca de la muerte de Onslow estaban poco menos que paralizadas, por falta de datos.

—¿Ha conseguido usted algo? —preguntó el policía, renglón seguido.

—Uno dijo que Onslow era un vagabundo y que su suerte no tenía importancia.

—¿Quién es ese pájaro, Chester?

—Déjelo para mí. Tengo un interés especial en él. Es el que guió a mi amigo Eddie a la trampa.

—¿Y a usted no?

—También, pero a las nueve de la mañana, que era la hora en que yo he atravesado la trampa, no había nadie a mano para invitarme a cenar en Matson House.

—Sí, creo que entiendo. Pero la trampa…

—Funciona de lo más sencillo que se pueda imaginar, inspector. Aunque, la verdad, no acabo de comprender por qué la hicieron funcionar para mi amigo Fuera de querer divertirse con él y puesto que dañe físico no le hicieron, el objeto de aquella trampa, al menos en el caso de Salton, me es absolutamente des conocido.

—Seguirá investigando, por supuesto.

—Pasado mañana volveré allí. Ya lo he anunciado, Ahora seré un hombre de negocios algo cansado, que busca pasar una o dos semanas de reconfortantes vacaciones.

—¡Qué suerte tienen algunos! —suspiró el policía.

Más tarde, Franks conferenció con su socio y colaborador Dan Carpenter. En realidad, Carpenter era el propietario legal de la agencia, pero, unos años antes, Franks se había hecho cargo del déficit de la misma provocando en ella, además, algunos cambios ventajosos y adoptando sistemas más en consonancia con los tiempos actuales. En algunas cosas, Carpenter era algo anticuado y ello le había hecho perder terreno con respecto a sus competidores.

La entrada de Franks en la agencia le había proporcionado un impulso espectacular, con la resolución de algunos casos sonados, que les habían supuesto minutas elevadísimas. De algún tiempo a esta parte, Frank; no admitía sino casos muy especiales, cuyos protagonistas eran siempre gente adinerada, capaces de pagar sin pestañear las elevadas facturas que el joven presentaba junto con la solución del problema.

Carpenter, no obstante, era un águila para otras cosas, y había acabado por aceptar, de buen grado, la jefatura que, insensiblemente, se había otorgado el joven. Para un seguimiento con paciencia o para la obtención de informes un tanto difíciles, había pocos capaces de igualar al socio de Franks.

Por tanto, Carpenter quedó encargado de buscar informes de las chicas que se alojaban en Matson House así como de su dueña.

—Y no olvides tampoco hurgar en la vida de Baines —recomendó Franks—. Quiero saber si es cierto que estaba armiñado o se trata de una invención de su viuda para no pagar la comisión a Carla Hampsbury.

—Entiendo —dijo Carpenter, que ya había tomado nota de todos los nombres.

—Otra cosa; entérate del nombre del médico de cabecera de Baines…

—Calvin Grant —recitó Carpenter en el acto.

—Sí que has ido aprisa —se asombró el joven.

—Lo leí en los periódicos y lo he retenido en la memoria. Grant, sin embargo, requirió los servicios de dos eminencias médicas, a fin

de colaborar en el certificado de defunción de su cliente.

—Eso me huele mal, Dan.

—Sí. Puede hacerse, pero un médico decente no tiene por qué pedir firmas a sus colegas. Cuando lo hace, es que ha perdido la decencia.

—O sea, Baines: asesinato.

—Seguro. Pero ¿quién lo prueba?

—¿Una autopsia?

—Si lo hizo Grant o fue cómplice, tuvo que asegurarse de que la autopsia no revelaría nada ilegal.

—Eso es verdad —convino Franks pensativamente—. Pero ya veremos algún modo de conseguirlo. Yo estaré en El León y la Gacela, en Elsthone.

—Un título muy especial para una taberna —sonrió Carpenter.

—En alguna parte hay un león que caza gacelas. Aunque el león sea mujer y las gacelas tipos con mucho dinero.

—Un deporte apasionante, Chester.

—No para la víctima —contestó Franks.

* * *

Mathilda Baines no se hizo visible al día siguiente. Norma oyó a la señora Hampsbury decir que Mathilda se había marchado ya. Era probable, pensó la muchacha, que seguía observando con suma atención todo lo que sucedía en Matson House.

Al mismo tiempo, había intimado un tanto con las otras «alumnas». Una de ellas, Melody Greenbolt, fina, esbelta, muy delicada de apariencia, pese a su excelente salud, parecía hallarse un tanto nerviosa en los dos últimos días.

Norma decidió sonsacar a Melody. Fuera de las clases, había una amplia libertad para las pensionistas, a condición de no franquear los límites del parque.

Aquel día, después de terminar la última clase, algunas salieron al jardín. Norma vio que Melody abandonaba la casa y la siguió discretamente.

Poco después, la vio sentada en un rústico banco de piedra y se sentó a su lado.

—¿Estás enferma? —preguntó, solícita.

—No, me duele un poco la cabeza…

—Preocupaciones, quizá —sonrió Norma.

Melody miró a derecha e izquierda.

—Sí, estoy preocupada —dijo a media voz.

—¿Puedo saber los motivos? Me gustaría ayudarte, pero si crees que soy indiscreta…

Melody miró fijamente a la joven.

—Tú no eres como las otras —dijo al fin—. Ellas no hacen más que hablar de vaciedades e insulseces. Continuamente están diciendo lo que harán el día que pesquen a un marido rico, las joyas que se comprarán, los viajes que harán… Pero esto no me gusta en absoluto, Norma. Creo que cometí la mayor equivocación de mi vida al venir aquí.

—¿Por qué dices eso, Melody?

—Algo horrible flota en el ambiente. ¿No has oído ruidos extraños por la noche?

—Pues… no —mintió Norma—. ¿Qué tratas de decirme?

Melody bajó aún más la voz.

—Ocurrió hace semana y media —dijo—. Escuché gruñidos horribles y vi una mano enormemente velluda que parecía de un monstruo… ¿O tal vez era una garra? Luego escuché unos ruidos espeluznantes; el monstruo comía carne cruda.

—¿Lo viste tú?

—No, pero escuché el ruido que hacía al triturar los huesos con los dientes. Se me pusieron los pelos de punta, créeme.

—¿Dónde escuchaste los ruidos, Melody?

—Abajo, hacia las habitaciones interiores de la planta baja. Estaba desvelada y salí de mi dormitorio para buscar un libro en la biblioteca. Entonces fue cuando escuché todos aquellos ruidos tan espantosos.

—¿Has hablado con las otras chicas?

—No. Se burlarían de mí. Y…, y… —Melody se estremeció—. Tengo miedo de la señora Hampsbury.

—Vamos, vamos, Melody, no seas tan aprensiva —dijo Norma, a fin de inducir a la joven a explayarse más y más—. La señora Hampsbury es buenísima, además de muy guapa…

—Es un verdadero demonio. No puedo dar una explicación congruente; quizá sea sólo el instinto, pero lo creo así, Norma.

—En todo caso, te daré un consejo, querida: sé discreta.

—Sí, ya sé que me conviene. Descuida, nadie sabrá nada por mí. No me gustaría que me ocurriese nada. Sospecho que dos chicas recelaron algo y ya no salieron más de Matson House.

Norma sintió que se le cortaba la respiración. De pronto, con el rabillo del ojo, vio la silueta de Carla en la puerta de la casa.

En el mismo instante, la pelota con que jugaban las otras chicas, salió rebotada hacia ellas.

—Vamos, sígueme el juego —bisbiseó—. Rápido, no te quedes parada.

Por fortuna, Melody tuvo la sensatez de obedecer en el acto. Con Norma, empezó a jugar, lanzándose el balón la una a la otra, con grandes protestas de las restantes, que empezaron a perseguirlas, para quitarles el juguete. Al cabo de pocos instantes, Norma tuvo la satisfacción de ver que Carla sonreía y se retiraba de nuevo al interior de la casa.

En uno de los intervalos del juego, volvió a acercarse a Melody.

—Sé discreta —susurró—. Hablaremos más tarde.

—De acuerdo —contestó la otra chica.

* * *

Pete Jeeles puso cara de satisfacción al ver aparecer a su cliente, cargado con una maleta y algunos trebejos de pesca. Ayudó a Franks a subir todas las cosas a su habitación y luego, obedeciendo la orden del joven, le subió una botella de buena ginebra y algunos vasos.

—Es por si recibo alguna visita —dijo el joven sonriendo.

—Si es femenina, por mí no habrá inconveniente —declaró Jeeles—. A este respecto, soy muy liberal, siempre que no se arme demasiado ruido.

—Con ciertas visitas, lo que menos conviene es el ruido —rió Franks.

Estaba impaciente por hablar con Norma, pero aún no había llegado la hora. Armándose de paciencia, se resignó a esperar a que dieran las once de la noche.

Entonces, dio el contacto a la radio. Pasaron largos minutos, antes de recibir la primera respuesta.

—¿Chester? —Sonó la voz de Norma.

—Has tardado mucho, nena —se quejó él.

—Lo siento, estaba en el baño…, Chester, tengo noticias.

—Adelante, hermosa.

—He conseguido intimar con una de las pensionistas. Se llama Melody Greenbolt y está terriblemente asustada.

Norma habló durante algunos minutos. Al terminar, Franks dijo:

—Sigue la observación, pero con el mayor cuidado.

—No te preocupes, jefe.

—Carpenter está investigando sobre las otras chicas y sobre Carla también, naturalmente. ¿Sabes algo de Edith?

—Sí, el apellido es McDuff.

—Está bien, se lo diré a Dan. También le daré los nombres de las chicas que Melody dice desaparecieron ahí.

—Ella piensa que fueron asesinadas.

—Pero no ha dicho las causas.

—No las conoce, Chester.

—De acuerdo. ¿Qué sabes de Mathilda Baines?

—Ni rastro.

—Pero ¿se ha marchado de veras?

—Al menos, eso es lo que dice la señora Hampsbury.

—Procura enterarte. ¿Cómo llegó Mathilda a Matson House?

—En un taxi. Lo sé, porque la vi llegar, pagar y despedir al taxista.

—Lástima. Si hubiera llegado en su propio coche y luego hubiera sido asesinada, podríamos haber investigado algo por medio del vehículo. Sin embargo, trajo algo de equipaje…

—Hay un incinerador muy grande en la trasera de la casa, Chester.

—Bien, en tal caso, ¿por qué no tratas de ver si encuentras algo? Con gran cautela, por supuesto.

—Lo intentaré. ¿Algo más, jefe?

—Suerte. Y ojo avizor.

—Descuida.

Franks cortó la comunicación y empezó a desvestirse. Cada vez estaba más convencido de que en Matson House sucedían cosas horribles.

Empezó a pensar en la mejor forma de entablar relación con Carla Hampsbury. Si en su casa se cometían crímenes, ¿cuál era el móvil?

¿Dinero?

Las chicas que iban a adquirir refinamiento social, no solían ser adineradas. Ciertamente, las enseñanzas eran caras, pero, aun así, lo que pagaban era poco para una mujer ambiciosa…, suponiendo que Carla lo fuese en este sentido.

Y si no era el dinero, ¿qué otro motivo había para que se cometieran aquellos supuestos crímenes?

CAPÍTULO VI

A la noche siguiente, Norma, tan en silencio como si fuese un fantasma, salió a la parte posterior de la casa y se acercó al incinerador.

Era un enorme cilindro de metal, con remate en forma de cono, del que partía una larga chimenea, que acababa más arriba del tejado. Norma abrió la puerta, bastante grande y, armada con una pequeña linterna y un palito, empezó a hurgar en las cenizas.

El olor era muy poco agradable, a pesar de lo cual, Norma continuó valerosamente su tarea. Al fin, su tenacidad se vio recompensada al percibir un destello en el fondo de aquellas apestosas cenizas.

Se había puesto guantes para ejecutar su trabajo. Con dos dedos, tomó aquel objeto brillante y lo examinó durante unos segundos.

Eran unas iniciales entrelazadas, de metal barato, deformadas en parte por las elevadas temperaturas a que habían estado sometidas. No obstante, era fácil leer una M y una B.

—Mathilda Baines —murmuró.

Tras unos segundos de indecisión, sopló el objeto de adorno, que había estado en algún bolso, calculó, lo guardó en el bolsillo, apagó la linterna y emprendió el regreso.

Ansiaba estar de nuevo en su habitación, para darse un baño, pese a la hora, que quitase de su cuerpo aquel hedor. De pronto, cuando atravesaba la cocina, oyó un gruñido que Heló su sangre en las venas.

El instinto la hizo esconderse detrás de una puerta. No podía ver nada, aunque sí oír todo lo que sucedía a pocos pasos de distancia.

—Pobrecito mío… —Era la voz de Carla, tierna y compasiva.

El gruñido se repitió. Luego, Norma, espeluznada, oyó una voz horrible, que articulaba una palabra de un modo apenas inteligible:

—Co… mi… da…

Norma sintió un terrible escalofrío. Carla seguía hablando cariñosamente al monstruo:

—Sí, precioso, tendrás comida… pronto, muy pronto, pero ahora confórmate con eso…

A oídos de Norma llegaron los horribles sonidos de unas mandíbulas rompiendo y triturando unos huesos. La joven creía estar a punto de desmayarse.

De pronto, cesaron todos los sonidos. Norma oyó el de unos tacones que se alejaban hacia arriba. Entonces se dio cuenta de que sudaba copiosamente.

Precavida, dejó pasar un buen rato, no obstante, hasta que tuvo la seguridad de que no sería vista. Abandonó el escondite y regresó a su habitación. Al pasar por el corredor sin salida, lanzó una mirada al fondo.

¿Estaba allí el monstruo?

* * *

Con sonrisa de circunstancias, Franks enseñó su cesta vacía.

—No se puede decir que el éxito haya coronado mi primera salida de pesca —dijo.

—Debe tener paciencia —sonrió el tabernero—. Quizá no ha practicado la pesca y, en este mundo, para todo se necesita un poco de práctica.

—Eso sí es cierto —convino el joven—. Bueno, en cierto modo, estar de vacaciones es no hacer nada, aunque sea tener una caña en las manos y no conseguir que piquen los peces. La mente y el cuerpo descansan así muchísimo, se lo aseguro.

—Indudablemente…

En aquel instante, se detuvo un coche frente a la taberna. Un hombre, algo regordete, de mediana edad, rostro sonrosado y lentes de montura de oro, entró en el local.

—Hola, Pete —saludó el recién llegado—. ¿Cómo está tu cerveza?

—Tan buena como siempre, doctor —contestó Jeeles—. ¿Una jarra?

—Sí, Y otra para el caballero, aquí presente. ¿De vacaciones, amigo?

—En efecto, señor…

—Es el doctor Bryant —dijo Jeeles—. Doctor, le presento al señor Chester Franks.

—Calvin Bryant —dijo el recién llegado—. Oiga, Franks… ese nombre me suena.

—En Boston hay muchos Franks, doctor —sonrió el huésped.

—Sí, eso es cierto. —Bryant tomó la jarra y la alzó—. Salud a los dos, amigos. Aunque eso no lo debe decir nunca un médico. ¿Cómo se ganaría la vida si todo el mundo estuviese sano?

Bryant rió estruendosamente su propio chiste. Era viejo y sobado, pero Franks acompañó también al galeno en sus risas.

Al terminar la cerveza, Bryant se pasó una mano por los labios.

—Bueno, tengo que irme —dijo—. No sé qué diablos querrá de mí la señora Hampsbury… Bien, la verdad es que creo que anda algo histérica; una mujer como ella, debiera casarse… No sólo no es una vieja, sino que tiene un tipo que para sí quisieran muchas jovencitas… Señor Franks, ha sido un placer —se despidió el locuaz galeno—. Pete…, ¿quieres algo para Matson House?

—Saludos —contestó Jeeles un tanto hoscamente.

—Está bien, adiós.

Bryant se marchó. Franks se dijo que Norma debía saberlo.

—Bueno, voy a mi habitación a cambiarme —dijo.

Mientras subía las escaleras, consultó el reloj. Iban a dar las tres de la tarde. Era una de las horas convenidas con Norma.

* * *

—Mathilda ha sido asesinada —dijo Norma, apenas estuvo en contacto con Franks.

—¿Cómo lo sabes?

—He encontrado un adorno de metal, unas iniciales entrelazadas, como las que se adhieren a los bolsos y carteritas. Tu idea de explorar el incinerador fue buena, pero ¿cómo lo limpiaron ellas antes?

—Exceso de confianza. Se sienten seguras, sobre todo, Carla.

—Es probable. Sin duda, no creyeron que alguien podría recelar.

—Sí. ¿Has encontrado algo más?

—Creo…, creo que el escondite del monstruo —respondió Norma.

—A ver, explícate —pidió él.

Norma relató lo que había oído la noche precedente.

—Por supuesto, no vi nada; tenía un miedo espantoso y quería pasar desapercibida a toda costa —dijo—. Pero aquel ruido de mandíbulas triturando huesos… Son los mismos sonidos que oyó Melody Greenbolt, Chester.

—¿Sabes dónde está el monstruo?

—Sí, aunque me imagino que su puerta debe de ser sólida… Lo más horrible de todo era que Carla le hablaba con gran dulzura…

—Un gorila amaestrado —supuso él.

—Podría ser, pero es que, además, le ha enseñado a hablar.

—¿Cómo?

—Lo escuché claramente. Sólo fue una palabra y pronunciada con gran dificultad, pero oí que decía «comida», muy despacio, como si tuviera problemas con la lengua o el paladar…

—Norma, he oído hablar de gorilas amaestrados, pero jamás supe de ninguno que hubiese, aprendido a hablar.

—No hay duda, Chester. Habló.

—Entonces, no es un gran simio.

—Pues ¿qué puede ser?

—Lo ignoro, aunque ya lo averiguaremos. Ahora otra cosa; el doctor Bryant ha salido hacia Matson House. Debe de estar a punto de llegar.

—¡Bryant! —repitió Norma.

—El mismo. Vigila.

—Sí, Chester. Te diré…

—Habla, Norma —invitó él.

—Lo que dijo Melody es cierto. No se trata de una alucinación suya.

—Sí, entiendo. Cuidado con esa chica; por lo que me has contado, es altamente inestable. Si está aterrorizada, será capaz de cualquier cosa y no conviene que te comprometa.

—Lo tendré en cuenta. Por cierto, hoy no la he visto…

—Visítala en su habitación y trata de animarla, pero dale a entender que todo lo que haya podido ver y oír son fantasías. En suma, procura levantar su ánimo.

—Descuida, jefe.

Norma replegó la antena y quedó pensativa, mordiéndose los

labios con gesto preocupado durante unos momentos. Al cabo de un rato, se decidió y salió de su dormitorio.

Con paso natural, se encaminó al que ocupaba Melody. Cuando se disponía a llamar, sonó a sus espaldas la voz de Carla Hampsbury:

—No se moleste, señorita Hood. Melody ha terminado su cursillo y se ha marchado.

Norma sintió que un violento golpe de sangre le subía a la cara. Procurando dominar los acelerados latidos de su corazón, compuso el gesto y se volvió sonriendo hacia la mujer.

—Muchas gracias, señora Hampsbury. En realidad, sólo pretendía pedir a Melody un libro del que me había dicho era muy interesante…

—Probablemente, lo tendrá ya en la biblioteca, señorita Hood.

—Muchas gracias, señora.

La bocina de un coche sonó en aquel instante fuera de la casa.

—Dispénseme —se marchó Carla.

Norma se sintió tentada de preguntarle a qué hora se había ido Melody, pero un elemental sentido de prudencia le hizo abstenerse de una pregunta que, por lo menos, se podía calificar de inoportuna.

En modo alguno debía permitir que Carla sospechase de ella.

La voz de un hombre, algo chillona, sonó en el vestíbulo.

—Nada, nada —dijo el recién llegado con acento jovial—; eso lo curo yo en dos patadas… perdón, mi querida señora Hampsbury; quise decir, en un periquete…

Norma se asomó para conocer a Bryant. El recién llegado se alejó con Carla hacia uno de los salones de la planta baja.

Hubiera dado algo bueno por oír la conversación, pero no quería arriesgarse a ser sorprendida. De pronto, vio en el vestíbulo a May McCabe.

May era una de las internas que había asistido a la cena que provocó la locura temporal de Eddie Salton. Impulsivamente, Norma decidió hablar con ella.

—Hola, May —saludó instantes después—. ¿Viste a Melody cuando se marchó?

—No —contestó la otra, un tanto displicente—. Salvo a las horas de clase, cada cual hace lo que mejor le viene en gana.

—Nos habíamos hecho bastante amigas. Me duele que se haya ido sin despedirse.

—Estaba un poco chiflada, no te preocupes.

—Sí, ya veo. Oye, May, ¿por casualidad conoces tú a un tipo llamado Eddie Salton?

May lanzó una gran carcajada.

—¡Lo que pudimos divertirnos aquella noche con él! —contestó—. La señora Hampsbury, a veces, tiene mucho humor y aquella noche nos propuso gastarle una broma a Eddie. Resultó que se había perdido… ¡Había que ver la cara que puso cuando la señora Hampsbury se quejó de que el niño asado estaba crudo!

—¿Qué pasó después?

—No lo sé, ya no he vuelto a ver más a ese tipo. Debió de salir corriendo como alma que lleva el diablo…

May era un tanto antipática y pagada de sí misma y de su belleza. Norma decidió darle una lección.

—Así que el niño estaba poco hecho…

—Pero, tonta, ¡si era cordero!

—¿Y tú qué sabes? A lo mejor era un niño auténtico.

May se puso una mano en la boca. El terror asomó a sus ojos.

—No, no… —De repente, dio media vuelta y echó a correr hacia el piso superior.

Norma ocultó una sonrisa. Pero, sin embargo, ignoraba por qué Carla había decidido gastar una broma tan perversa a Eddie Salton.

La excusa de una diversión a costa de un huésped inesperado se le antojaba insuficiente.

En el salón, Bryant se mostró preocupado al oír el nombre de Norma Hood.

—Esa chica… —dijo.

—¿Qué sucede con ella, doctor? —preguntó Carla.

—Pertenece a la alta sociedad de Boston. Es hija de un distinguido financiero y de una dama muy linajuda. A la fuerza ha tenido que estudiar en mejores colegios que éste, dicho sea sin ánimo de ofender. ¿Para qué querría una millonaria como Norma Hood aprender a conquistar un marido rico, si le bastaría chasquear los dedos para que, inmediatamente, surgieran una docena de pretendientes, ninguno de los cuales conoce siquiera el significado de la cifra mil? ¡Todos cuentan por millones!

Carla frunció el ceño.

—¿Una espía?

—Quizá lo hizo por diversión o tal vez por una apuesta… Hace tiempo actuó como periodista y no lo hacía mal del todo, pero se cansó. A ver si ahora está aquí para hacer un reportaje sensacionalista… La publicidad excesiva nos resultaría fatal, querida.

—La vigilaré —dijo Carla.

—¿Ha registrado su equipaje?

—Desde el primer día, pero no encontramos nada de particular.

—Vuelva a registrarlo. Y ahora, dígame, ¿cómo está Kickey?

Carla sufrió una sacudida. Sus ojos se nublaron.

—Mal —contestó—. Cada día peor.

—A la noche le visitaré, aunque si quiere un consejo…

—Doctor, ya sé cuál es ese consejo, pero olvídelo —cortó ella secamente—. Eso es algo que jamás permitiré, ¿me oye?

—A su gusto. —Bryant se encogió de hombros—. Por cierto, en casa de Pete me he encontrado una cara que suena mucho en Boston. Se trata de un tal Chester Franks, detective privado, de gran fama…

* * *

El teléfono sonó en la taberna.

Aquél era un sonido que se oía en contadas ocasiones. Franks, curioso, se asomó a la puerta de su cuarta.

La voz de Jeeles llegó distintamente a sus tímpanos.

—Sí… Sí, está aquí… Es una excelente persona; ha venido de vacaciones… Hombre, a mí no me parece…

Jeeles escuchó todavía unos instantes. Luego, de súbito, cambió de tono.

—Oiga, empiezo a cansarme un poco de todo esto, No es que pida demasiado, pero sí quiero un poco de tarta… Iré a la noche… No, no me ponga objeciones. Hace muchos días que no he estado, ¿me ha comprendido? A la noche.

Jeeles colgó el teléfono. Franks, prudente, se retiró.

Aquella llamada se refería a él, pensó. Ciertamente, debería haber usado otro nombre, pero aún se habría hecho más sospechoso. Su fotografía había aparecido más de una vez en los

diarios y Jeeles hubiese podido reconocerle. No había sido así, pero había evitado tal posibilidad. Y, a fin de cuentas, un detective también podía tomarse unas vacaciones y hasta tratar le negocios con un tal Smithson.

Pero una cosa quedaba ya suficientemente aclarada: Jeeles era confidente de Matson House.

Faltaba saber por qué Jeeles colaboraba con Carla Hampsbury. No se podían dar dos caracteres más dispares, incluso dando de lado el hecho de que fuesen personas de distinto sexo. Carla, la dama elegante y refinada y Jeeles, el tipo rudo, desabrido y hasta mal hablado.

Pero, se dijo, una persona elige a un confidente por sus cualidades de observación y no por su figura.

En todo caso, a la noche obtendría más datos, sí propuso firmemente.

CAPÍTULO VII

El oficio exigía paciencia en la mayoría de las ocasiones y Franks sabía tenerla. Ya había hablado con Norma, advirtiéndole de la visita del tabernero. Él, por su parte, también haría lo que estuviese a su alcance.

Alrededor de las once de la noche, Jeeles abandonó su dormitorio. Hacía ya bastante rato que la taberna estaba cerrada.

Hasta aquel momento, Franks había permanecido unto a la puerta de su dormitorio, atisbando el corredor a través de una delgada rendija. Se preparó para actuar cuando vio que Jeeles salía a la calle. La ventana de su cuarto daba a la calle y corrió hacia ella, instantes después, divisaba a Jeeles montado en una bicicleta. El farolillo rojo de cola se perdió de vista en pocos segundos.

Franks no se arredró por ello. Salió también de la taberna y, a paso gimnástico, se encaminó hacia Matson House. La velocidad de Jeeles no era mucho mayor; el ciclismo no parecía el deporte favorito del tabernero.

Media hora más tarde, Franks alcanzó un buen observatorio. Había llevado consigo los prismáticos y los enfocó hacia la casa, en la que se veían algunas luces encendidas.

Una de aquellas luces correspondía a una ventana leí piso superior. De vez en cuando se veía a una mujer pasar por delante de la ventana.

Los visillos eran muy finos, aunque no por ello permitían captar los detalles del rostro femenino. Para Franks, sin embargo, aquella mujer que se paseaba con cierto nerviosismo no podía ser otra que la señora Hampsbury.

De repente, un hombre entró en la habitación.

Su silueta maciza era inconfundible. Durante unos segundos, Jeeles y Carla hablaran, con algunas gesticulaciones, más

acentuadas en el hombre que en la mujer.

De pronto, Jeeles se abalanzó sobre ella. En el primer instante, Franks creyó que la iba a estrangular.

No tardó en soltar una risita. En lo que menos pensaba Jeeles en aquellos momentos era en ahogar a Carla.

«Aunque, si sigue apretando tan fuerte con su abrazo, ¿quién sabe?», pensó irónicamente.

La silueta de la pareja se alejó de la ventana. Según dos más tarde, se apagó la luz.

Franks suspiró. Ya sabía algo. Faltaba que Norma completase su informe sobre el particular.

Regresó a la posada. La voz de Norma sonó a los pocos instantes en el aparato de radio.

—¿Dónde estabas, Chester? —preguntó ella.

—He seguido al visitante de Carla. ¿Qué sabes tú?

—Todavía tengo las orejas coloradas. ¡Vaya lenguaje Chester!

—¿No hablaron más que… de asuntos personales?

—También mencionaron tu nombre —dijo ella.

—¿Y…?

—Carla le ha dicho que procure enviarte a Matson House. Jeeles contestó que lo estima muy difícil. Ella dijo que ya lo consiguió con Eddie. Jeeles dijo que la cosa es distinta, puesto que tú vas a estar de vacaciones y no te marchas tan de inmediato. También le preguntó por ti y él quiso saber por qué le interesabas tanto. Ella dijo que le agradaría conocerte y Jeeles casi se vuelve loco de celos.

—¿Qué más, Norma?

—Bueno, Carla procuró tranquilizarle.

—¿Y eso es todo?

—Querido, mi virginal pudor y mi intachable honestidad me impiden reproducir algunas de las frases que siguieron a continuación. Si las palabras tuviesen temperatura, las que pronunció Jeeles alcanzarían la del grado de fusión del acero.

Franks soltó una risita.

—Está bien. ¿Qué hay del médico?

—Anda por aquí, eso es todo. Es un tipo alegre, d: vertido, jocundo…, pero también un águila.

—Cuidado con él, Norma.

—Sí, Chester.

Al terminar, Franks se metió en la cama. No obstante, despertó cuando oyó regresar a Jeeles.

Consultó su reloj; eran las cuatro de la madrugada.

Dio media vuelta y continuó durmiendo.

* * *

—¿Ha estado alguna vez en Matson House, señor Franks? —preguntó Jeeles, cuando el joven se disponía a salir para una excursión de pesca.

—No, sólo he pasado frente a la casa…

—Le convendría visitarla. Es una mansión muy hermosa.

—Oh, sí, claro.

—Y hay chicas muy bonitas. ¿Es usted soltero?

—Por fortuna, Pete —rió Franks.

—La directora de la escuela es también muy bella Creo que le gustaría conocer Matson House.

—Tal vez vaya allí —dijo Franks—. Pero ¿con que pretexto me presentaría a la dueña?

—Oh, diga que es soltero y que busca esposa. Le señora Hampsbury enseña a sus alumnas a ser buenas esposas y amas de casa, además de gentiles y agradables en la conversación y en la vida social.

—Será cosa de conocer esa escuela, Pete. Hasta le vista.

—¡Buena pesca, señor!

Mientras caminaba hacia el río, Franks se pregunte hasta qué punto había resultado agradable aquella misión a Jeeles. ¿Estaba enterado el tabernero de lo que ocurría en Matson House?

A aquellas horas, Carla y el doctor Bryant conversaban en el dormitorio de la primera.

—Tiene usted unas ojeras espantosas —comentó Bryant…

—No se preocupe por mí —respondió ella desabridamente—. ¿Ha visto a Kickey?

—Sí, anoche.

—¿Y bien?

—Carla, si quiere un consejo…

—No le he pedido consejos, sino informes.

—Cada día peor. No tiene remedio.

Hubo una pausa de silencio. Norma, con el audífono en la oreja

y el micrófono pegado a la puerta, escuchaba, sin dejar de vigilar las inmediaciones.

—A pesar de todo…

—Carla, haga lo que le he dicho siempre.

—¡No, doctor!

—Entonces, un día, tal vez, lo haré yo.

Carla estaba sentada ante el tocador, peinándose, y se revolvió furiosa.

—Si lo hace, le mataría yo con mis propias manos, doctor —dijo.

—Como quiera —respondió Bryant, con un encogimiento de hombros—. Pero si un día ocurre algo, no culpe a nadie más que a usted de lo sucedido. Y la verdad, por otra parte, no tengo muchas ganas de que Kickey me estropee el negocio.

—Kickey no le estropeará…

—¿No, eh? Y ¿qué me dice de Philip Onslow? ¿Quién lo hizo más que ese bestia dé Kickey?

—Doctor, no llame a sí a Kickey ¡Él no tiene la culpa!

—Claro que no. La culpa es de usted y de aquel degenerado que se llamó…

—¡Basta ya, doctor, basta ya! —Clamó Carla—. ¡Déjenos en paz de una vez a Kickey y a mí!

Norma presintió que la conversación estaba a punto de acabarse y huyó presurosamente.

Chester había tenido razón, admitió. Kickey no era un gorila amaestrado.

¿Qué era, pues?

Tenía que averiguarlo.

Desde la puerta de su habitación y ahora sin medios artificiales, oyó al doctor Bryant rezongando a solas:

—No sé, no sé… Ese maldito Kickey… Quizá esta misma noche…

Norma se propuso saber lo que Bryant pensaba hacer aquella misma noche.

* * *

En la casa reinaba un silencio absoluto.

Norma tenía todos los nervios en tensión. La espera se le hacía insoportable. Una o dos veces pensó en irse a la cama, pero sabía

que no lograría conciliar el sueño.

De pronto oyó pasos en el corredor.

Bryant apareció ante sus ojos, portador de una jeringuilla de inyecciones ya dispuesta. Norma apreció el tamaño desusado de la jeringuilla; su cabida era al menos de treinta centímetros cúbicos.

La aguja, por otra parte, también era muy larga. Norma dedujo que Bryant había decidido acabar con la vida de Kickey.

¿Debía impedirlo?

Por un momento, pensó en avisar a Carla, pero ello habría sido tanto como comprometerse. No, era mejor seguir a Bryant.

Tal vez se trataba solamente de un calmante. A fin de cuentas, Kickey debía de ser un sujeto enorme y necesitaría una dosis de calmante mayor que la correspondiente a una persona normal.

Bryant descendió las escaleras. Ella le siguió instantes después.

Paso a paso, llegó al corredor. En el mismo instante, oyó un sordo gruñido.

—Quieto, Kickey, no te muevas: soy yo, tu amigo Calvin… Pero ¿qué haces, estúpido?

Aterrada, Norma oyó el ruido de la jeringuilla al estrellarse contra el suelo. Un instante después, percibió una sofocada maldición, apagada en el acto por un espantoso gruñido.

Norma oyó ruido de forcejeo, débiles gemidos y luego… el espeluznante chasquido de unos huesos que crujían al ser triturados por unos poderosos molares.

Casi se desmayó. Sin querer presenciar la horrible escena, corrió a su habitación y se encerró en ella con doble vuelta de llave.

Poco después, oyó voces y pasos presurosos. Carla y Edith comentaron algo a media voz. Luego corrieron hacia la planta.

Norma habría querido ver lo que sucedía, pero tenía un miedo espantoso. En aquellos instantes, tenía la seguridad de que Bryant había perecido de un modo horripilante.

* * *

—¿Crees que quiso matar a Kickey?

—Sí, Chester. Pero ella se niega rotundamente —contestó Norma.

—Me pregunto quién diablos puede ser ese Kickey —dijo Franks pensativamente—. Pero creo que ya he dado con la respuesta,

aproximada, al menos.

—Dime, Chester.

—Un débil mental, tal vez hijo de la propia Carla y de un hombre al que no conocemos por ahora.

—Oh, no, no, sería demasiado horrible…

—¿Tienes tú alguna explicación mejor?

Norma calló un instante.

—¡Pero él tiene una fuerza descomunal! —dijo al cabo.

—Debilidad mental no significa debilidad física.

—Sí, es cierto.

—Norma, ¿has oído comentar a las otras chicas algo acerca de Kickey?

—No, Chester.

—Sondéalas discretamente.

—Lo intentaré.

—Y ten calma.

—Es fácil de decir, Chester. Todavía me estremezco al pensar en lo que pudo suceder anoche…

—¿Has visto a Bryant?

—No. Luego dirán que se ha ido.

—Es probable. Pero, de todos modos, un asesino ha pagado su crimen.

—¿Bryant, asesino?

—Sí, de Baines. ¿No lo recuerdas?

—Aún no se ha probado…

—Acabaremos por probarlo. Ah, ¿sabes que he sido invitado a visitar Matson House?

—¡Chester, no vengas aquí! —pidió Norma aprensivamente.

—No temas. Si voy, pórtate con normalidad. Y no te enfades si, de momento, elijo a otra.

—¿Cómo elegir a otra?

—Claro —rió Franks—. Si voy a Matson House, es para elegir esposa.

—Ah, ya comprendo.

—Quizá tú puedas recomendarme una candidata.

—Te daría un nombre, pero harías tanto caso como si se tratase de la nieta de un lama del Tibet.

—¿Quién sabe? A lo mejor me gustan las tibetanas.

—Con tal de que sea yo… —dijo Norma socarronamente—. También te diría el nombre de Melody Greenbolt, pero sospecho lo peor, Chester.

—Se ha marchado, ¿eh?

—No está.

Hubo una leve pausa de silencio. De pronto, Franks dijo:

—Norma, el día que registraron tu equipaje, estabas en clase con la señora Hampsbury. Eso tuvo que hacerlo Edith o alguna de las chicas.

—Sí, es lo que pienso yo.

—Trata de enterarte con discreción. Si es una de las alumnas, enséñale un poco los dientes. Así conseguirás sacarle algo, ¿entiendes?

—De acuerdo. Tal vez provoque el registro…

—No sería mala idea. Ah, y averigua qué ha sido del coche del doctor Bryant. Si, como sospechas, ha muerto, tiene que estar escondido en alguna parte.

—Okay, jefe.

CAPÍTULO VIII

El hombre llegó al pueblo pedaleando sin demasiadas prisas en una bicicleta. Tenía todo el aspecto de un excursionista en vacaciones y, aparte del traje adecuado, llevaba a la espalda una mochila que le permitía independizarse de hoteles y otros lugares similares. Usaba grandes gafas ligeramente coloreadas y portaba un enorme mostacho de guías kaiserianas.

Al apearse de la bicicleta, se puso una pipa en la boca. Entró en la taberna y pidió una jarra de cerveza para aplacar la sed. Franks bajaba en aquel momento del piso superior, cargado con los trebejos de pesca, miró superficialmente al forastero, charló unos instantes con Pete y luego salió a la calle.

Diez minutos más tarde, el excursionista pagó la consumición, y se marchó pedaleando. A cien metros de la salida del pueblo, se detuvo para tomar una fotografía del conjunto de casas. Jeeles lo vio desde la entrada de la taberna y ya no le concedió ninguna importancia.

El excursionista continuó su viaje velocipédico. Diez minutos más tarde, se emparejó con un pescador que iba en busca del río.

—Hola, Chester —saludó cortésmente.

—Esa voz… Diría que la conozco —manifestó Franks.

—El disfraz es bueno, ¿verdad? Precisamente, por exagerado, lo que nadie esperaría de un policía. Pero no se pare, siga, siga andando.

—Me desviaré a cien metros, inspector.

—Está bien, seguiré con usted. Voy a adelantarme, de todos modos.

Buchanan se metió por el sendero lateral que había un poco más adelante. Luego, los dos hombres, protegidos por la espesa vegetación contigua al arroyo donde Franks pescaba, iniciaron su

charla.

—Tengo el coche a seis kilómetros —explicó el policía—. Lo dejé bien escondido, saqué la bicicleta…

—Y se vino para aquí, disfrazado.

—Tenía ganas de charlar un rato con usted. Traigo informes, ¿sabe?

—Interesante, Alf. Empiece, por favor.

—Lo de la escuela de matrimonio, es cierto en un determinado porcentaje de casos. Naturalmente, conviene hacer las cosas tal como se anuncian, para evitar sospechas. Y sé que ha logrado notables éxitos.

—¿Qué me dice de las chicas que hay en Matson House?

Buchanan hizo un gesto indefinido.

—¡Psé! Modelos, chicas con ambiciones… Realmente, no tienen historial delictivo; eso no convendría a la escuela, como puede comprender. Incluso la que tiene un historial digamos un poco «cargado», es rechazada al poco tiempo, con el pretexto de que no asimila las enseñanzas o algo por el estilo.

—Se ha enterado bien del asunto, ¿eh?

—Conseguí localizar a una alumna suspendida. Ella me confesó con franqueza que había tenido una vida amorosa un tanto turbulenta. Pero, lo que son las cosas, ha encontrado por sí misma un buen marido…

—La felicito —dijo Franks, irónico—. ¿Qué sabe de la Hampsbury?

—Todavía nada. Estamos trabajando en el asunto. Pero tengo una noticia para usted.

—Interesante, supongo.

—Se ha encontrado el coche de Bryant a casi cien kilómetros de distancia, junto a un río. Hay sospechas oficiales de que se suicidó.

—Ésa no es la clase de muerte que elegiría un médico, si quisiera autoeliminarse, ¿verdad?

—¿Qué me sugiere usted?

—Desde luego, ha sido asesinado… Después, claro, han simulado el suicidio. Pero un médico como Bryant, que debía de conocer bien las drogas, hubiera tomado un veneno rápido e indoloro, como, seguramente, el que propinó a Baines. Bueno, el que entregó a su viuda para que se lo diese al esposo.

—Ya entiendo. Pero también podían haber envenenado a Bryant y llevado el cuerpo…

—¿Después de haber muerto a manos de Kickey?

—¿Quién es Kickey?

—El monstruo que vive en Matson House, Alf.

—¿Es seguro, Chester?

—Absolutamente —confirmó Franks.

Buchanan meneó la cabeza.

—No sé cómo hacer para penetrar en Matson House —dijo—. Legalmente, no tenemos ningún derecho. Aparte de que cae fuera de nuestra jurisdicción y la policía del Estado se mostraría reticente a intervenir en un caso que no está nada claro.

—Deje que sigamos nosotros, Alf —pidió el joven—. Mi espía está en la casa y me tiene puntualmente informado de lo que sucede allí. Al menos, de lo que puede captar.

—No hemos conseguido el permiso para la autopsia de Baines —suspiró Buchanan—. La viuda no lo otorgó y la familia de él no quiso hacer nada en un sentido u otro. Estaban resentidos con Baines, por haberse casado con una chica cuarenta años más joven, compréndalo.

—De todos modos, Baines estaba arruinado.

—Sí, lo hemos sabido después.

—Y, aunque sea desagradable decirlo, si Mathilda fue la asesina de su marido, ya ha pagado su crimen.

—¿Es seguro que ha muerto, Chester?

—Razonablemente seguro. Y también, creo, otra de las chicas que estaba en Matson House.

—Dígame su nombre, por favor.

—Melody Greenbolt.

—¡Greenbolt! —resopló Buchanan.

—¿La conocía?

—A su familia. —El inspector meneó la cabeza—. Será un duro golpe para ellos…

—Por favor, no les diga nada por el momento. Espere unos días aún. Además, yo tengo que ir mañana o pasado a Matson House.

—¿Cómo?

Franks sonrió.

—Me han sugerido que el estado de soltería era inconveniente

para el hombre. Por tanto, he sido discretamente invitado para ver de elegir una esposa en Matson House.

—Tenga cuidado. Puede ser una trampa.

—Casi estoy seguro de que lo es. Incluso tengo la impresión de que el doctor Bryant receló de mí en unos pocos minutos que estuvimos juntos el día que llegó.

—Inconvenientes de la fama, Chester —sonrió el policía.

Franks hizo un gesto con la cabeza.

—No lo puedo evitar —contestó—. ¿Cuándo volverá usted por aquí?

—Quizá tarde un par de días.

—Traiga informes de Carla.

—Lo estamos activando.

El joven se puso en pie y empezó a preparar la caña.

—Es preciso desempeñar bien la comedia del hombre de negocios de vacaciones —sonrió.

Buchanan agitó una mano.

—Suerte —se despidió.

* * *

Estaban solas en la biblioteca. May McCabe se sorprendió al ver que Norma se agachaba, como si buscase algo en el suelo.

—¿Qué se te ha perdido? —preguntó.

—Un pequeño broche… —Norma se incorporó—. O, a lo mejor, es que me lo han quitado.

—Aquí no hay ladrones, preciosa.

Norma soltó una risita.

—Me gustaría estar segura —dijo.

—Mujer…

—Me registraron el equipaje al día siguiente de mi llegada, cuando estaba en mi primera clase con Carla. Y ayer encontré señales de otro registro —mintió. De pronto, entornó los ojos—. Tú andabas muy cerca de mi cuarto.

May se sofocó violentamente.

—¿Insinúas que yo…?

—¿Quién sabe? Las hay que son curiosas y les gusta hurgar a fondo en los secretos de los demás.

—Norma, yo no he sido —dijo la otra.

—No me fío en absoluto. —Súbitamente, adelantó el busto—. ¿Por qué lo hiciste, May?

La otra joven pareció sentirse de repente insegura.

—Normal si… si me prometes un secreto absoluto.

Uña mano se levantó solemnemente.

—Prometido —dijo Norma.

—Bien. Entonces… ven a la noche… A las once, más o menos. En mi habitación.

—Iré, May.

May se marchó. Norma sonrió satisfecha. May sabía más de lo que aparentaba. El tiro había sido lanzad un tanto al azar, pero había dado en el blanco.

Durante un rato, continuó hojeando un libro con aparente interés. Luego abandonó la biblioteca y se fue al gimnasio, donde estuvo un buen rato, practicando una tabla de ejercicios recomendados por Carla.

Le hubiera gustado hablar con Chester, pero aún no era hora.

A través de una de las ventanas, miró al cielo.

—Debe de estar pescando aún —murmuró.

* * *

Chester Franks recogió los trebejos y emprendió el camino de vuelta al pueblo. Cuando entró en la taberna, oyó la voz de un forastero:

—Tengo ganas de ver si las chicas de Matson House son tan guapas como se pretende. A fin de cuentas, une está ya rozando el medio siglo y es hora de que siente la cabeza, sobre todo, si se tiene un buen capitalito…

Jeeles asentía cortésmente a las palabras del forastero. De pronto, Franks creyó notar algo familiar en el sujeto.

Éste se volvió. Una chispa de dureza apareció de inmediato en sus ojos.

Franks se portó con naturalidad y dejó los avíos de pesca a un lado.

—Pete, una cerveza, por favor —pidió.

—Sí, señor.

De repente, sonó el teléfono. Jeeles puso la cerveza delante del joven y se metió en la habitación que había tras el mostrador.

Entonces, Franks, a media voz, dijo:

—¿Qué viento ha soplado para traerte hasta aquí, Ernie Rotherway?

El otro tenía aún el gesto duro.

—Es un buen negocio. No se meta conmigo —respondió.

—Mientras no se trate de un asunto como el de los Barrow…

—Aquello ya pasó. Yo no me he cruzado en su camino, de modo que no se cruce usted en el mío.

—No te preocupes, Ernie. Y, dime, ¿ese buen negocio está en Matson House?

—Sí, pero, repito, no intervenga. No haga de caballero andante con quien no se lo merece.

—¿Carla Hampsbury?

—¡Sí! —exclamó Rotherway, sorprendido—. ¿Cómo lo sabe?

—Me lo figuré —sonrió el joven.

Rotherway lanzó una moneda sobre el mostrador.

—Usted no sabe nada de esa mujer —dijo, despectivo.

Y salió.

Instantes después, Franks oyó el ruido de un coche que arrancaba. Sería interesante, se dijo, enterarse del secreto que Rotherway conocía sobre Carla. Había pocas personas que supiesen indagar en la vida de los demás como Rotherway, para luego, en el momento adecuado, efectuar un productivo chantaje. En cierta ocasión, Franks había logrado intervenir a tiempo para evitar se deshiciese un matrimonio bien avenido, pero ya no había vuelto a tener más noticias del chantajista. Jeeles salió del cuarto y sonrió.

—La señora Hampsbury tendrá mucho gusto en recibirle— anunció.

—Iré mañana —sonrió el joven, a la vez que recogía los aparejos para subir a su habitación.

Una vez en ella, hizo funcionar la radio. Aún pasó un buen rato antes de que recibiera la respuesta de Norma.

—Hola —dijo ella—. ¿Hace mucho que me llamaste?

—No te preocupes ahora de eso. Seguramente has visto llegar a un individuo que dirá quiere conocer a una candidata.

—Sí, un tipo bastante charlatán…

—Se llama Rotherway, no importa el nombre que haya dado ahí. Es un chantajista. Conoce algún secreto importante de Carla. Vigila.

—Descuida, Chester. ¿Algo más?

—En todo caso, eres tú quien debe decirlo —contestó él.

—Sí. A la noche hablaré con May McCabe. Tengo la casi absoluta seguridad de que fue ella quien registró mi habitación. Pensé que podría ser Ethel, pero estaba equivocada.

—¿A qué hora es el encuentro?

—A las once.

—Llámame en cuanto te sea posible. Aguardaré todo el tiempo que sea necesario.

—De acuerdo, Chester.

—Ah, mañana pienso ir a Matson House, aceptando la gentil invitación de Carla Hampsbury. ¿Qué tal es May McCabe?

—Gorda —contestó Norma sin vacilar.

Franks soltó una risita. Cerró la comunicación y empezó a cambiarse de ropa, para bajar al comedor un poco más tarde.

CAPÍTULO IX

Las palabras llegaron nítidamente a través del audífono.

—No tengo el dinero y, aunque lo tuviese, no se lo daría, Ernie —dijo Carla.

Norma oyó una risita de burla.

—Pero, mujer, si no le pido tanto… Cinco mil dólares, ¿qué es para usted sino una futesa?

—Y dentro de un mes, volvería…

—Le juro que no. Cinco mil y se acabó.

—No le creo, Ernie.

—Insisto en que soy sincero. A la gente le gustaría mucho saber qué es actualmente Carla Chartis… y más todavía en qué paró su desgraciado matrimonio con aquel degenerado que se llamó Vernon Chartis. Usted no querrá que eso se divulgue, ¿verdad?

—Basta, Ernie. Pagaré, pero sólo una vez. Ahora bien, si me engaña…

—Sinceridad, Carla, sinceridad —dijo el chantajista cínicamente.

—Aquí no tengo el dinero. ¿Quiere acompañarme?

—Con mucho gusto.

Norma despegó rápidamente el micrófono y echó a correr. Apenas si tuvo tiempo de meterse en su habitación, aunque se quedó junto a la puerta para atisbar lo que hacían Carla y su visitante.

La pareja descendió al vestíbulo. Probablemente, pensó la joven, se dirigían al despacho de Carla, instalado en la planta baja.

Carla guió a su visitante a lo largo de un pasillo tenebroso. Rotherway frunció el ceño.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

Carla se volvió hacia él y sonrió. Ya había apretado un resorte y la puerta se abría silenciosamente.

—Entre, amigo mío, entre —dijo—. Así sabrá, mucho mejor todavía de lo que sabe ya, en qué paró mi matrimonio con Vernon Chartis.

Rotherway cruzó el umbral. Apenas lo había hecho sintió un terrible empujón en el centro de la espalda: que lo lanzó contra la cortina roja que había a dos o tres pasos de distancia.

La puerta se cerró a sus espaldas. Pero él no lo advirtió de momento, ocupado en recobrar el equilibrio.

De pronto, oyó un gruñido al otro lado de la tela. Curioso, descorrió la cortina de un tirón.

Una extraña parálisis se apoderó de sus miembros al contemplar la horrible figura que había al otro lado. El ser parecía dormir y se despertó.

Rotherway retrocedió paso a paso. Aquel ser se levantó y caminó hacia él, con una rara mueca en su boca. Los sonidos morían en la garganta de Rotherway Quería chillar, pero algo se lo impedía.

De repente, dos enormes zarpas cayeron sobre su cuerpo. Una de ellas agarró la mano de Rotherway. De súbito, pegó un seco tirón.

Un alarido de indescriptible sufrimiento brotó de los labios del hombre, al sentir que le arrancaban el brazo. Tambaleándose como un beodo, vio al ser que retrocedía, rasgando con las zarpas la tela que todavía envolvía el miembro amputado de modo tan bestial.

Luego, Rotherway volvió la cabeza para mirarse el hombro, de donde brotaban violentos chorros de sangre, El *shock* sobrevino de golpe y cayó al suelo, en la inconsciencia precedente a la muerte.

* * *

—Sí, yo registré tu habitación —admitió May sin rodeos.

—¿Por qué?

—Me lo ordenó ella.

—¿Carla?

—Sí. Aunque, claro está, fue un registro más bien formulario. Quiero decir, por mi parte. No podía decirle que no, pero tampoco me gustaba demasiado hacerlo.

—Pero ¿por qué te ordenó que registrases mi equipaje?

—Bueno, dijo que tal vez podrías ser una espía… Otra agencia competidora, ¿comprendes? Esta escuela ha tenido bastante éxito y Carla dijo que hay quienes sienten celos profesionales de ella.

—Una especie de espionaje industrial, vamos.

—Sí, algo por el estilo. La… competencia querría conocer sus métodos y para ello, ¿qué mejor que enviar aquí a una chica con ganas de pescar un marido rico?

—Pero ¿se consigue?

—Conozco unos cuantos casos bastante afortunados. —May rió cínicamente—. Tres de ellas, incluso, ya son viudas. Y sus esposos las dejaron bien situadas, créeme.

—Tal vez una de esas viudas es Mathilda Baines.

—Sí, ésa tuvo más suerte que las otras. El marido no le duró tres meses siquiera.

Norma no quiso decir a la otra que Mathilda había ido engañada. Ni siquiera le mencionó que era muy posible que hubiese sido asesinada.

«Toda precaución es poca», pensó.

Pues aunque estimaba que May no era cómplice consciente de Carla, podía delatarla con una frase imprudente.

—¿Qué me dices de Eddie Salton? —preguntó de súbito.

May respingó.

—¿Lo conocías? —preguntó.

—Es amigo de mi hermano —mintió Norma en parte—. Sé que estuvo aquí y vio algo horrible…

—No lo creas, fue sólo una broma. La señora Hampsbury nos reunió para decirnos que había un tipo que se dedicaba a espiarnos con sus prismáticos, un mirón, ramos, para que lo entiendas. Donde hay chicas jóvenes, siempre hay alguna que se cambia de ropa sin darse cuenta de que la ventana está abierta.

—Comprendo —sonrió Norma—. ¿Y…?

—Bueno, la broma resultó divertidísima. ¡Pero no cenamos niño asado, Norma!

—Claro, claro. Habría que tener estómago para meter al niño en el horno, ¿verdad?

—Basta, no sigas o aborreceré la carne…

—Estábamos hablando de Eddie, May —le recordó Norma.

—Ya está dicho todo. Simplemente, le gastamos una buena broma.

—¿Sólo porque Carla dijo que era un mirón?

May se encogió de hombros.

—Detesto a los tipos como Salton —dijo, a la vez que se acercaba a la puerta para abrirla, dando a entender que la conversación había terminado.

Momentos después, Norma se ponía en contacto con Franks.

—Ella estuvo casada con Vernon Chartis. Algo pasa en el matrimonio —informó la joven.

—El nombre me suena, aunque de momento no consigo recordar de qué. Trataré de hablar con Dan Carpenter; ese hombre es un archivo viviente. ¿Qué más dijo Rotherway?

—No lo sé. Quiero decir que ella dijo que le iba a dar cinco mil dólares y que tenía el dinero en su des pacho, en la planta baja. Cuando vi que iban a salir yo corrí a esconderme.

—¿Y después?

—Ya no sé más. Luego, claro, tuve que hablar con May.

Norma repitió la conversación sostenida con la otra chica. Al terminar, Franks dijo:

—La hipótesis de un espionaje por parte de la competencia resulta aceptable. Pero la broma a Eddie…

—Carla le acusó de mirón, Chester.

—Eddie tiene un montón de defectos y no volver: jamás la vista si ve a una chica guapa ligera de ropa pero de ahí a dedicarse a espiar, a aguardar a que una ventana se abra y que una mujer se cambie de vestido o se desnude en esas condiciones, va mucha diferencia.

—Entonces, no sé por qué le gastaron esa broma Desde luego, tuvo que ser atroz.

—Algo habría, ya me enteraré. Sigue vigilando con cautela.

—Descuida.

Franks cortó la comunicación. Encendió un cigarrillo y estuvo meditando durante bastante tiempo. Al cabo de un buen rato, consultó su reloj y, súbitamente, se puso en pie.

Asomó la cabeza al pasillo. Había una luz al final, en el arranque de la escalera. Era el único signo de vida en la casa.

Pisando sin hacer ruido, descendió a la planta y entró en la habitación donde estaba el teléfono. Instantes después, marcaba un número y se dispuso a aguardar.

Pasó casi un minuto antes de que oyera una voz soñolienta, que se quejaba de la hora intempestiva.

—También a mí me gustaría estar en la cama, Dan —dijo Franks.

—¡Chester! —El socio casi saltó en su lecho—. ¿Qué sucede ahora?

—Tú tienes una memoria privilegiada, además de pasarme diez años de edad. ¿Recuerdas algo de un tal Vernon Chartis?

—¡Chartis! —repitió Carpenter.

El joven sonrió.

—Lo recuerdas —dijo.

—Fue un caso muy sonado, pero ocurrió hará ya veinte años o más.

—Entonces, habla.

Franks escuchó atentamente. Cuando su socio hubo acabado, dijo:

—Está bien, bueno es saberlo. ¿Has hablado con el inspector?

—Sí, pero no me atrevía a llamarte a la taberna…

—Nadie nos escucha. Adelante, Dan.

Carpenter repitió los informes recibidos del inspector Buchanan.

—Eso es todo, Chester —dijo—. ¿Necesitarás ayuda?

—No te preocupes por mí. Gracias, Dan.

De pronto, Franks presintió que había alguien en las inmediaciones. Miró hacia la puerta.

Él la había dejado cerrada, estaba seguro de ello. Ahora estaba entreabierta, con una rendija de separación entre el borde y la jamba apenas superior a medio centímetro.

¿Había estado Jeeles escuchándole?

Se acercó a la puerta, abrió y alargó el cuello.

En la casa, todo permanecía en silencio. Franks, sin embargo, no estaba muy seguro de que el tabernero no le hubiese espiado.

Pero no podía declarar que lo sabía. De un modo u otro, Jeeles estaba relacionado con Carla. La madura belleza de la mujer no era ajena a esta relación.

Franks sospechaba que Jeeles era algo así como un puesto avanzado de observación. Pero Jeeles cobraba su trabajo en algo que no era precisamente dinero.

Decidió confirmar sus sospechas. Aunque se metió en la cama, logró permanecer despierto. Una hora más tarde, Jeeles se asomó. Franks simuló unos convincentes ronquidos, después de lo cual,

Jeeles se marchó con el mismo silencio que a su llegada.

Franks se levantó instantes más tarde. Salió al pasillo y llegó cerca de la planta baja.

Oyó la voz de Jeeles. Sonriendo para sí, regresó a su dormitorio.

Pasadas las doce de la noche, Jeeles no podía hablar por teléfono más que con una persona.

Entonces decidió que tal vez sería conveniente hostigar un poco al tabernero.

* * *

Regresó de la excursión de pesca un poco más temprano de lo acostumbrado y se detuvo en el mostrador para tomar una cerveza.

—Voy a cambiarme de ropa —dijo—. Hoy ceno en Matson House.

Jeeles puso cara de sorpresa.

—No lo sabía —manifestó.

—La señora Hampsbury es encantadora. Me gustó muchísimo. Casi diría que más que cualquiera de las chicas que hay allí.

La expresión de sorpresa se acentuó todavía más en el rostro del tabernero.

—¿Cómo? ¿Conoce ya a la señora Hampsbury?

—Sí. Ayer, en vista de que no pescaba nada, me acerqué un poco por Matson House. Carla y yo estuvimos charlando largo rato. Es una mujer realmente encantadora.

—Ella no me ha dicho…

—Claro que no le ha dicho nada —sonrió Franks, tratando de dar a entender que ignoraba las relaciones entre Jeeles y Carla—. Hay cosas que no se deben divulgar, amigo Pete.

—Así que va a cenar en Matson House…

—Con Carla. A solas.

La cara de Jeeles se crispó.

—Es una mujer muy hermosa, en efecto —dijo, no sin dificultades.

Franks sonrió. Terminó su cerveza y subió al piso superior.

Quizá Jeeles no tenía que ver con los crímenes cometidos en Matson House, pero, en cierto modo, había ayudado a su autora. Y era preciso recordar que él era quien había indicado a Salton el camino de la trampa.

Por qué lo había hecho, era algo que sabría aquella misma noche, se propuso.

De pronto, oyó la voz del tabernero. Sonaba colérica.

Franks descendió algunos escalones para escuchar mejor.

—Te digo que él me lo ha dicho… ¿Cómo? ¿Qué me ha mentido? Claro, qué diablos vas a decir tú… Tienes que negarlo, es lógico…

Franks sonrió.

El cebo estaba en marcha.

Volvió a su habitación y, con toda tranquilidad, se metió en el baño.

Al atardecer, vestido de manera adecuada, aunque ciertamente no de etiqueta, descendió a la taberna. Jeeles estaba tras el mostrador, con cara hosca.

—Pete, usted conoció, creo, a un tal Eddie Salton. Estuvo aquí un par de días.

—Sí —contestó el tabernero—. Le conocí.

—Fue a Matson House. De allí, al hospital, medio loco.

—No me diga —se burló Jeeles—. Enloquecería por Carla.

—Por lo que le dijo Carla.

—No sé nada de eso.

—Vamos, vamos, no se haga de nuevas. ¿Por qué envió a Salton a Matson House?

—Carla tenía razón.

—¿Sí?

—Es usted un detective entrometido, como Eddie…

Franks sonrió.

—Al fin lo ha soltado, Pete —dijo. Se estiró presuntuosamente los faldones de la chaqueta y luego se retocó un poco el nudo de la corbata. Después de un fingido carraspeo, añadió—: Va a resultar una velada sumamente agradable, Pete.

Salió a la calle, subió al coche y arrancó en dirección a Matson House. Jeeles, supuso, tenía que picar.

Un hombre celoso no permitiría que la mujer de la cual estaba enamorado tuviese una aventura con otro. Franks estaba seguro de que Jeeles sabía que Carla le había invitado solamente para sonsacarle, pero ni aun conociendo sus intenciones soportaría que ella se portase como una mujer voluble y ligera de cascos.

«Es un tipo demasiado absorbente y no lo resistirá», calculó.

CAPÍTULO X

May McCabe se sentía hondamente preocupada por alguna de las cosas que sucedían en la casa. La conversación con Norma había despertado en ella muchas sospechas.

Mathilda había llegado, pero no la había visto marcharse. Lo mismo sucedía con Melody Greenbolt. Del doctor Bryant no se sabía nada.

¿Qué pasaba en aquella casa?

El corredor de la planta baja…

Como las otras chicas, a veces había oído algunos ruidos raros por la noche. Cierta ocasión lo había comentado con la propia señora Hampsbury.

Carla había dicho que se trataba del perro guardián de la casa, un fiero mastín que tenía encerrado durante el día y al que soltaba por las noches, A May le extrañaba no haber oído más que gruñidos: jamás un ladrido.

De aquella noche, se dijo, no pasaría. Tenía que saber qué había en el misterioso corredor.

Claro que podía perder mucho. Allí se podía conseguir un marido rico y ella sabía que muchas habían hecho una boda ventajosa. Si Carla se enteraba… Pero no tenía por qué enterarse, si actuaba discretamente.

Atardecía ya cuando Ethel llamó a la puerta del dormitorio de Norma.

La muchacha abrió de inmediato.

—Dígame, Ethel.

—La señora está en su despacho. Quiere verla.

—Ahora mismo, Ethel.

—Bien, señorita.

Norma fue al tocador, se arregló un poco el pelo y descendió a la

planta baja. Instantes después, tocaba con los nudillos en la puerta.

—¡Adelante! —Sonó la voz de Carla.

—Me han dicho que quería hablarme, señora Hampsbury —dijo Norma.

Carla sonrió.

—Entre y cierre, por favor. ¿Quiere una copita?

Norma receló algo por instinto. La amabilidad de Carla le parecía enteramente ficticia.

—En este momento no tengo ganas, muchas gracias —rechazó la invitación.

—Como quiera. —Carla estaba sentada y juntó las manos, con los codos apoyados sobre la mesa—. Señorita, durante muchos días me he preguntado por qué la elegante y distinguida Norma Hood, de los Hood, de Boston, ha venido a buscar elegancia y distinción a mi escuela.

—Tiene mucha fama, señora Hampsbury —contestó Norma sin pestañear.

—Los colegios en que usted ha estudiado son aún más famosos.

—Tal vez, pero siempre conviene conocer nuevos métodos.

—¿Usted? Si bastaría que agitase una mano para encontrar una docena de maridos…

—Con uno sólo me conformaría, señora. Y todavía sigo soltera.

Carla se mordió los labios, chasqueada por aquella viva respuesta.

—Quizá no busca un marido rico, sino uno aficionado a las aventuras —dijo.

—No sé quién…

—Chester Franks.

«Al fin lo ha averiguado», pensó Norma.

—Es un muchacho excelente —dijo con voz neutra.

—Y muy aficionado a meter la nariz donde no le importa.

—¿A qué teme usted, señora?

Carla se puso rígida.

—No me gusta el espionaje en mi casa —contestó.

—A otros, seguramente, les gustan aún menos las cosas que suceden aquí —replicó Norma vivamente.

—¿Qué es lo que ha averiguado, señorita?

—¿Pretende que se lo diga?

De nuevo hubo otra pausa. Súbitamente, Carla abrió el cajón central de la mesa y sacó una pequeña pistola.

—Levántese —ordenó.

Norma obedeció.

—¿Va a entregarme a Kickey? —preguntó.

Carla acusó el golpe.

—¿Qué es lo que sabe usted? —gritó.

—Demasiado poco —contestó Norma.

—Aún eso es mucho. Lo siento, muchacha.

Norma contempló la pistola unos segundos. Estaba demasiado lejos. Carla haría fuego antes de que ella la alcanzase en un salto.

—Camine hacia su derecha —ordenó Carla.

Norma, vivamente sorprendida, vaciló. La puerta del despacho quedaba a su izquierda.

A la derecha había un enorme armario, de madera, muy antiguo, adosado a la pared. Norma dudaba todavía, cuando sintió en su espalda el contacto de la pistola de Carla.

—Vamos, abra y entre.

Norma obedeció. El armario era espacioso y podía contenerla con holgura. Oyó el golpe que hacía la puerta al cerrarse, el ruido de la llave al girar en la cerradura y, finalmente, el taconeo de Carla al dirigirse hacia la puerta de la estancia.

Sola, en la oscuridad, empezó a reflexionar acerca de la mejor forma de abandonar aquel imprevisto encierro. Pero las maderas del armario eran muy sólidas.

«Así se hacían las cosas antiguamente, a conciencia, fuertes y sólidas», pensó, desalentada.

* * *

Chester Franks se inclinó y besó galantemente la mano que le tendía la hermosa mujer.

—Es un placer conocerla, señora Hampsbury —dijo—. Si me lo permite, le diré que usted me recuerda a los que venden métodos infalibles para ganar en la ruleta.

—No entiendo —contestó Carla, levemente desconcertada.

Franks sé echó a reír.

—Es bien sencillo. Los que venden esos métodos para hacerse ricos, no lo son. Usted procura que chicas guapas y distinguidas

hagan ventajosos matrimonios. ¿Por qué no está casada?

Carla rió también.

—Es una buena pregunta —manifestó—. Pero quizá tenga la respuesta después de la cena.

—¿A solas?

Carla vaciló.

—A solas —insistió el visitante.

—Sí —accedió ella finalmente. Era lo mejor; la conversación que debía sostener con Franks no podía demorarse más de lo conveniente.

Después de charlar unos minutos con Franks, Carla se retiró, con la excusa de ir a cambiarse de vestido. Franks quedó en una salita pequeña.

A poco, una mujer de más que mediana edad y rostro avinagrado entró en la sala y empezó a preparar la mesa. Franks intentó entablar conversación con ella, pero Ethel contestó con secos monosílabos.

No tenía ganas de hablar, era evidente, pensó el joven. A poco, oyó risas alegres. Las chicas que se alojaban en Matson House se disponían a cenar.

Media hora más tarde, apareció Carla, excusándose por su retraso. Franks, galante, dijo que valía la pena haber esperado para verla aún más hermosa de lo que estaba antes. Carla sonrió, halagada al parecer, y luego empezó a servir de los platos que Ethel había dejado ya preparados.

La conversación tomó derroteros intrascendentes. No obstante, Franks se percató que, de vez en cuando, Carla se detenía como si quisiera escuchar algo.

«Está un tanto nerviosa», dedujo.

Los ruidos fueron cesando en la casa. Afuera se oyeron voces de muchachas que se deseaban buenas noches.

Frank no logró captar la voz de Norma y ello le preocupó considerablemente. Norma sabía que iba a ir aquella noche y le parecía lógico que la muchacha quisiera hacer notar su presencia, alzando la voz un poco más para ser escuchada.

Pero aquella voz no sonó en ningún momento.

—¿Preocupado? —dijo Carla de pronto.

—¿Por qué iba a estarlo? —sonrió él.

—Por qué, no; por quién.

«Empieza la danza», pensó Franks.

—Hay algunas personas que me preocupan en estos momentos —dijo ambiguamente.

—Por ejemplo, Norma Hood, de los Hood de Boston.

—Es una muchacha encantadora, en efecto. ¿La conoce usted?

—Quizá menos que el reputado detective privado Chester Franks.

—Ah, ya conoce…

—Conozco su fama, pero me siento muy extrañada de que un hombre de sus cualidades no sepa investigar por sí mismo, para elegir la esposa que le conviene.

—Es que acaso está aquí esa mujer.

—¿Se refiere a Norma?

—Pudiera ser.

—Si se conocían de antes, ¿por qué venir a buscarla aquí?

—De este modo, puedo comparar entre lo que será después de haber estado en su escuela y lo que era antes.

Carla se reclinó en el respaldo de su butaca y miró de hito en hito a su invitado.

—¿Qué sabe usted de mí? —preguntó.

—¿Quiere que se lo diga todo?

—Por favor…

—La verdad, aún ignoro muchas cosas de usted. Sin embargo, sé que hubo un tiempo en que se apellidaba Chartis.

Carla se irguió bruscamente.

—¿Quién se lo ha dicho? —exclamó.

Había una botella de champaña todavía mediada. Franks llenó su copa, tomó un sorbo y miró a la hermosa mujer que tenía frente así.

—Es mi oficio —contestó.

—Lo sé, pero ¿por qué tenía que investigar precisamente aquí? —preguntó ella casi con rabia.

—La causa se llama Eddie Salton y aún está reponiéndose del terrible choque que sufrió durante una cena en esta casa.

—¿Qué tiene que ver Salton con todo esto?

—Alguien le hizo objeto de una horrible broma. No todos tienen el mismo aguante, señora.

—Fue muy divertido.

—No lo dudo, pero ¿por qué?

—La presencia de usted, ¿no es suficiente respuesta?

Franks trató de analizar aquellas palabras. Al fin, creyó haber dado con la solución.

—Usted cree que Salton trabajaba para mí —dijo.

—Sí, aunque entonces ignoraba en concreto la identidad de la persona o personas de la competencia…

—Se equivoca, señora Hampsbury. Salton es vendedor, viajante de comercio.

—Un oficio muy adecuado para encubrir el verdadero.

—Continúa equivocada. Eddie jamás ha trabajado para mí.

—Entonces, ¿por qué hacía tantas preguntas en Elsthone?

—También es su oficio —sonrió Franks—. Un buen vendedor necesita informes y, aparte de eso, tiene que ser locuaz, ingenioso y de fácil conversación, o no venderá siquiera una aguja de coser.

Carla se puso seria.

—Empiezo a sospechar que cometí una equivocación —murmuró.

—Ciertamente. Entonces, se burló de Eddie…

—Lo tomé por un espía. Entonces, decidí darle una buena lección.

—Pero usted no le había visto hasta que llegó a Matson House.

—Alguien me informó…

—Lo que significa que también usted tiene un espía en el pueblo.

—Es conveniente, ¿no? —sonrió ella.

—Hizo funcionar la trampa de los setos móviles, que se abren y cierran como las dos hojas de una puerta, Esa trampa está tan bien hecha, que no puede ser advertida por quien no la conoce previamente.

—A veces me ha servido para atraer algún cliente —sonrió Carla.

¿Cuál era el nombre del insecto cazador que atraía a sus presas por medio de una trampa semejante?, se preguntó Franks. Claro está que el tal insecto no tenía rasgos de humor y devoraba a sus víctimas…, pero también en Matson House se habían quedado algunas de las personas que habían caído en la trampa.

—Con Eddie se equivocó —insistió.

—¿Tan amigo es de Salton que vino a investigar?

—Hay otros motivos —respondió Franks.

—¿Por ejemplo?

—Philip Onslow, el vagabundo que apareció muerto, con un brazo de menos.

—¿Lo conocía?

—Jamás le había visto. Pero eso avivó todavía más mi curiosidad.

—Y decidió ayudarse con Norma Hood.

—Es muy buena amiga mía.

—¿Nada más?

—Ella quiere casarse conmigo.

—¿Y usted?

—Tengo ciertos escrúpulos. Pero eso no es relevante ahora. Por cierto, ¿dónde está Norma?

—Si tiene un poco de paciencia, pronto podrá verla —contestó Carla.

Franks trató de penetrar en la mente de la mujer.

¿Que planeaba ahora la señora Hampsbury?

Capítulo XI

Carla alargó la mano y cogió una copa de champaña. Franks decidió hacerle una pregunta:

—¿Qué fue de Vernon Chartis?

—Murió. Tenía que morir. Yo me casé engañada. Tenía una buena figura, pero era un degenerado, el producto de una larga serie de matrimonios consanguíneos, entre parientes aristocráticos que no habían querido mezclar su sangre con la plebe.

—Ese matrimonio dio fruto —dijo Franks.

La hermosa cara de Carla se contrajo.

—Sí —dijo sordamente.

—¿Murió también el hijo?

—Por favor, basta.

—Es un poco pronto todavía. Aún hay que hablar de otros temas, de Baines, por ejemplo, de su esposa Mathilda…, de Melody Greenbolt, de dos chicas que desaparecieron aquí misteriosamente. No, no es una conversación que se pueda dar por terminada tan pronto.

—Quizá sí, señor Franks.

—Usted aprovechaba su escuela de matrimonios para enseñar a las alumnas a ser viudas pronto. Viudas jóvenes, bellas y con dinero. No había más que pedir, ¿verdad? Claro que es de suponer que antes estudiaba muy bien a la candidata. No a todas se les podía proponer una viudez prematura, con la incomparable colaboración del doctor Bryant. Debía de ser también buen químico, para preparar una droga que matase sin dejar rastro en el organismo. ¿Me equivoco, señora?

El pecho de Carla subía y bajaba con rapidez. Franks apreció que estaba muy pálida, pese a su impasibilidad. Pero en sus ojos había un brillo que no presagiaba nada bueno.

—Cometí un error tremendo —murmuró ella—. Nunca debí haber tendido una trampa a Eddie Salton.

—Usted se queja de que los demás tengan espías, pero no puede acusarles sin sufrir el mismo reproche —dijo Franks.

Carla se puso en pie.

—Antes le he dicho que pronto podría ver a Norma —exclamó.

—Eso he oído —contestó él, flemático.

—Tendrá que esperar un poco, no demasiado, sin embargo… —La mano de Carla señaló hacia la mesa.

—Aún queda champaña —dijo—. Puede entretener la espera.

Y echó a andar hacia la puerta.

Franks dudó un poco. Carla salió, cerró y dio dos vueltas a la llave. Tuvo necesidad de apoyarse unos instantes en la puerta, para recuperarse. El corazón le latía alborotadamente y, en ocasiones, sentía unos extraños vértigos.

Pero era preciso ser decidida. El momento final estaba a punto de llegar.

Después de un par de inspiraciones, se irguió de nuevo y echó a andar.

Franks había oído la llave en la cerradura y se sintió más preocupado que nunca. Consultó su reloj; pese a lo que Carla había dicho, aguardaría cinco minutos, ni un segundo más.

* * *

La casa estaba tranquila y en silencio. May se había retirado muy pronto a su habitación. Dos de las chicas habían hecho lo mismo. Tres más se habían reunido en el dormitorio de otra para jugar una partida de cartas.

Ethel andaría por la cocina, como de costumbre. En cuanto a la señora Hampsbury estaba bien entretenida con el invitado.

Podía huronear sin miedo a ser sorprendida. May salió de su dormitorio y descendió sin hacer ruido a la planta baja.

Momentos después, entraba en aquel corredor tan lúgubre. Los sonidos extraños procedían de allí. Pero no se veía una puerta, sólo un muro de piedra al fondo.

Sin embargo, May tenía la seguridad de que el muro de piedra no era sino una especie de puerta secreta. Paso a paso, avanzó hasta llegar al final del corredor, con techo abovedado en media caña.

Esperó unos momentos, hasta que sus pupilas se acostumbraron a la penumbra del lugar.

Entonces, empezó a tantear la pared, en el lugar donde se unía al muro en que acababa el pasillo. Pasaron algunos minutos antes de que encontrase una ligera protuberancia, que le hizo sospechar había conseguido su objetivo.

En aquel momento, oyó el mido de una puerta que se abría y se cerraba sucesivamente. Aprensiva, se pegó contra el muro, aguardando con los nervios en tensión y la mente poblada por mil horribles imágenes. Oyó también un vivo taconeo y supuso que se trataba de Carla, quien cruzaba el vestíbulo oblicuamente.

Carla se dirigía a su despacho, pensó. Más aliviada, se volvió un poco hacia su izquierda y apretó aquel saliente de la pared lateral.

Sonó un leve chasquido. El muro empezó a girar. Una bocanada de aire caliente y fétido le dio de lleno en el rostro. May sintió bascas, pero procuró contenerse.

La cortina roja apareció ante sus ojos. Al otro lado se oyó de pronto una voz inhumana.

May sintió que se le ponían los pelos de punta. Súbitamente, una mano gigantesca, cubierta enteramente de vello, apartó la cortina.

La horrible visión hizo que May se tambaleara. No obstante, de un modo extraño, conservó un mínimo de seguridad y retrocedió.

—Atrás…, atrás, quieto… —dijo al monstruo que se acercaba a ella con paso tardo y pesado.

El monstruo no hizo caso. May maldijo su curiosidad, mientras giraba en redondo y echaba a correr hacía el vestíbulo. Subió las escaleras a toda velocidad y buscó frenética la puerta de su dormitorio.

Cuando ya ponía la mano en el picaporte, oyó un grito de furor:

—¡Atrás, maldito, atrás! Fuera de aquí…, a tu jaula, bestia…

Un látigo chasqueó en la planta baja. La respuesta fue un feroz gruñido. May, espeluznada, se metió en su cuarto y cerró con doble vuelta de llave. No permanecería en Matson House ni un minuto más, después de que hubiera salido el sol, se juró a sí misma.

* * *

Al cabo de varias horas de encierro, Norma creyó haber hallado la solución para escapar.

La cárcel era angosta. Por fortuna, en la parte baja de la puerta había una delgada rendija que permitía la renovación del aire interior. Norma, por otra parte, había sido encerrada allí sin que la despojaran de ninguno de sus objetos personales.

Llevaba una ancha cinta en el pelo, rematada con un pequeño broche lateral. Durante largo rato, Norma trabajó en tinieblas, a fin de soltar el broche de la tela.

Luego, arrodillada, sacó el encendedor y estudió unos momentos el fondo del armario. Era una simple chapa de madera de varias piezas, sujetas con tornillos. Con la ayuda de la parte más plana del broche, empezó a aflojarlos.

El encendedor era de gas, pero, aun así, debía estirar su carga el mayor tiempo posible. Por tanto, sólo lo tenía encendido hasta que veía que un tomillo giraba satisfactoriamente. Entonces, continuaba su tarea a ciegas.

Fue una labor lenta, tediosa. Norma se desesperaba a veces, pero, tenaz, continuaba el trabajo. Al fin, consiguió levantar una de las piezas del suelo del armario.

Un chorro de aire fresco llegó a sus pulmones. Norma respiró unas cuantas veces y luego se deslizó por el hueco hasta el suelo. Tumbada boca arriba, procuró poner la plancha tal como estaba. Luego, moviéndose lateralmente, consiguió salir del armario, cuyo suelo quedaba a unos treinta centímetros del pavimento de la estancia.

Al fin, se puso en pie. El despacho estaba a oscuras. Norma no cometió la imprudencia de encender la luz. De puntillas, se acercó a la ventana y alzó el bastidor, procurando que las cortinas ocultaran el hueco a continuación.

Entonces oyó el ruido de la llave en la puerta. Rápidamente, saltó fuera y se agazapó al pie de la ventana.

Carla entró en el despacho, dio la luz y se acercó a la mesa, para sacar dos objetos; la pistola y la llave del armario. Luego se acercó al enorme mueble y lo abrió.

Agachada al pie de la ventana, Norma oyó claramente la exclamación de sorpresa de la mujer y contuvo las ganas que sentía de lanzar una buena carcajada al aire. Le hubiera gustado ver la cara que ponía Carla al ver el armario vacío.

Pero, de pronto, pensó que Carla podía sospechar que había

escapado por la ventana. Se disponía ya a abandonar el lugar, cuando llegaron a sus oídos las voces de Edith y los chasquidos del látigo.

Carla lo oyó también. Olvidando de momento a Norma, giró en redondo y se lanzó hacia el vestíbulo.

—¡Edith! —gritó.

—Esa maldita bestia… Se ha escapado otra vez… —contestó la sirvienta malhumoradamente.

—No puede ser. Kickey no puede abrir desde dentro —alegó Carla con vehemencia.

—No, ¿eh?, Carla, si hubieras hecho caso al doctor Bryant…

—¡Es mi hijo! —clamó ella.

Edith se encogió de hombros con indiferencia.

—La verdad, no es como para sentirse orgullosa —contestó despectivamente—. Bueno, ahí lo tienes; cuida de él.

Carla miró aprensivamente hacia arriba. ¿Habrían oído algo las otras chicas?

De pronto, sonaron unos golpes en la puerta de la sala.

—Espere unos momentos —dijo—. En seguida volveré con Norma, señor Franks.

—Le concedo un minuto exactamente, señora —gritó el joven al otro lado de la puerta—. Si pasado ese tiempo no ha venido con usted, saldré de aquí como sea.

Carla corrió al piso superior. Norma no estaba en su habitación.

¿Adónde podía haber ido?, se preguntó, terriblemente desconcertada.

En aquel momento, Franks, impaciente, se acercaba a una de las ventanas de la salida. ¿Para qué romperse un hombro, en un esfuerzo heroico, si bastaba abrir la ventana para abrirse paso sin dificultades?

De repente, vio una luz que oscilaba en la explanada. La luz se movía en dirección a la casa. Franks captó la silueta de un hombre y los rayos metálicos de las ruedas de una bicicleta.

—Es Jeeles —se dijo, satisfecho.

Casi en el mismo instante, se abrió la puerta de la sala.

Franks se volvió. Muy pálida, aunque serena, Carla apareció en el umbral.

—Lo siento —dijo—. Norma Hood ha desaparecido.

El joven sonrió.

—¿Quién se preocupa ahora de ella? —exclamó, a la vez que avanzaba hacia la mujer.

Carla le miró sorprendida. Sonaron pasos en el vestíbulo, pero no les prestó apenas atención. Franks sí, porque sabía quién se acercaba.

De pronto, abrazó a la mujer.

—¡Querida…! —Exclamó con fingida pasión—. Eres tan bella… Me has hecho tan feliz…

Carla, atónita, no acertaba a reaccionar. De repente, se oyó un feroz aullido a cuatro pasos de distancia.

—¡Suelte a esa mujer en el acto o le mataré! —gritó Jeeles descompuestamente.

CAPÍTULO XII

Franks simuló sorpresa.

—¿Por qué he de soltarla? Ella me ama a mí —dijo.

—¡Pete, no le hagas caso! —chilló Carla.

Con los ojos inyectados en sangre, Jeeles avanzó hacia la pareja.

—Suéltela —insistió, a la vez que sacaba una navaja de resorte.

Franks obedeció, retirándose unos pasos.

—Está bien, amigo, puesto que insiste... Carla, no me habías dicho que estabas atada más o menos sentimentalmente a otro hombre.

—No hay nada entre ese zafio y yo —gritó ella.

—Entonces, me has estado engañando... —barbotó Jeeles.

—Calma, amigo, por favor —terció Franks—. Debemos solventar este asunto como personas civilizadas que somos. Los gritos y las destemplanzas no resuelven nunca nada.

—Pero ¿qué diablos hemos de solucionar? Usted, lo único que tiene que hacer es largarse de aquí...

—Jeeles, me parece que a usted le han engañado y no sólo en el aspecto sentimental —dijo Franks.

—No le hagas caso. Pete —exclamó Carla—. Todo lo que te va a decir es mentira.

—¿Mentira? Les he sorprendido a los dos, abrazándose y besándose desvergonzadamente... ¿Y dice que es mentira? —rugió Jeeles.

—Él me abrazó, Pete. Yo no había hecho nada. Créeme.

Franks soltó una risita.

—Es guapa, pero también un poco coqueta, todo hay que reconocerlo —dijo malévolamente.

Jeeles avanzó hacia la mujer, blandiendo su navaja.

—Te voy a...

—Quieto. —Franks agarró la muñeca armada—. La sangre mancharía el suelo.

—Pero ¿qué diablos importa…?

Franks retorció la muñeca del tabernero. La navaja cayó al suelo.

—Así está mejor —sonrió, a la vez que daba un puntapié al arma, lanzándola al otro extremo de la habitación.

—Pete, ¿tú me quieres? —preguntó ella de súbito.

—Demasiado lo sabes…

Inesperadamente, Carla sacó la pistola y se la entregó a Jeeles.

—Mátalo y seré tuya para siempre —dijo.

Jeeles tomó el arma con expresión desconcertada.

—Carla, yo no soy un asesino —rezongó.

—Claro que no, sólo es un soplón —dijo Franks.

—¡Mátalo, Pete! —aulló Carla, en un paroxismo de furia infinita —. Si me amas como dices, mátalo.

—Soy un detective y ella no quiere que descubra las cosas tan horribles que pasan aquí —dijo el joven calmosamente—. Por cierto, Pete, si se casara con Carla, ¿le gustaría tener algún hijo de ella? Todavía es joven y aún está en edad de ser madre.

Jeeles miró a Franks con ojos extraviados.

—¿Qué tiene eso que ver ahora…?

—Ella tiene ya un hijo, Pete. Pídale que se lo enseñe. Está aquí, en Matson House; siempre ha estado en la casa.

—Yo…, yo me voy a volver loco…, Carla, ¿por qué no hablas claro de una vez?

De pronto, Carla, enloquecida, arrebató la pistola al irresoluto Jeeles y, volviéndose hacia el joven, disparó dos veces.

Franks se tambaleó y cayó al suelo. En el piso superior, Norma oyó las detonaciones cuando ya ganaba su habitación y se volvió bruscamente.

—Lo has matado —dijo Jeeles, estupefacto.

—Sí, tenía que morir —exclamó Caria salvajemente—. No podía consentir que revelase mi secreto.

—¿Qué secreto es ése? ¿Por qué no hablas claro de una vez?

Carla se pasó una mano por la frente. Franks abrió un ojo y contempló la situación en silencio. En modo alguno debía dar a entender que llevaba un chaleco blindado.

—¿Tu hijo? —preguntó Jeeles.

Ella titubeó. De pronto, Jeeles alargó la mano.

—Dame la pistola —pidió.

Carla se resistió. Los dos forcejearon unos instantes.

—Suéltame, suéltame —chillaba la mujer.

De pronto sonó un sordo estampido. Carla abrió los brazos, retrocedió un par de pasos y luego, con un medio giro, cayó al suelo.

Jeeles contempló estupefacto el cuerpo de la mujer, en cuyo pecho se extendía rápidamente una mancha de sangre. De pronto, sintió un terrible golpe en la mano que aún sostenía la pistola.

Espantado, vio que Franks se había puesto en pie.

—Chaleco blindado —dijo el joven, sonriendo, a la vez que se daba un par de golpecitos en el pecho.

* * *

Cuando sonaron los disparos, Norma, a punto de entrar en su habitación, volvió la cabeza. Casi en el mismo instante, vio que May se asomaba a la puerta de su dormitorio.

—¡Norma! —gritó la rubia.

—May, ¿qué te pasa?

Norma se asombró al ver el rostro descompuesto de la otra joven.

—He…, he visto al monstruo… —sollozó May.

—¿Qué? ¿Estás segura?

—Sí…, abajo, en el corredor…

Norma reaccionó rápidamente.

—Aguárdeme un momento —dijo.

Entró en su dormitorio y corrió hacia el lavabo, en cuya cara inferior, con cinta adhesiva, había sujetado un pequeño revólver el mismo día de su llegada. El arma era del calibre 32, pero su peso le hizo sentirse mucho más segura.

Instantes después, se hallaba junto a May.

—Vamos —dijo—, tienes que enseñarme dónde está la bestia.

—No, no, tengo miedo…

Norma la empujó fuertemente.

—Estoy armada —dijo.

En el mismo instante, se oyó un nuevo disparo. Las otras chicas,

asustadas, empezaron a asomarse a las puertas de su dormitorio.

—¡Adentro otra vez! —gritó Norma con voz autoritaria—. No pasa nada, May y yo lo arreglaremos todo.

Las dos jóvenes caminaron hacia la escalera. Al llegar abajo, May guió a Norma hacia el corredor.

Edith se asomó a la puerta de la cocina. Sus ojos brillaron de un modo extraño al ver a las dos chicas adentrarse en el pasillo.

—Tengo miedo —gimió May.

—Enséñame cómo se abre la puerta de la jaula, no te pido más —dijo Norma.

May señaló el resorte.

—Basta apretar…

—Bien, puedes irte.

May aprovechó la ocasión para dar media vuelta y salir corriendo a toda la velocidad que pudo imprimir a sus piernas. Pero la curiosidad pudo más y se quedó a mitad de la escalera, con la vista fija en la puerta que conducía al corredor.

En el mismo instante, se abría la puerta de la sala.

—Será preciso avisar a la policía —dijo Franks. Vio a la rubia y gritó—: ¿Ha visto usted a Norma?

May señaló con una mano la otra puerta. En el mismo instante, Norma hacía funcionar el resorte de apertura.

El muro giró. Norma sintió un asco infinito al percibir el olor que salía de la abertura. Divisó la cortina roja, avanzó dos pasos y la descorrió de golpe.

Retrocedió, espeluznada. Todavía había huesos y piltrafas de carne en el suelo. Al fondo, sobre un enorme jergón, yacía algo que no parecía un ser humano.

El ser estaba dormido y despertó bruscamente. Con gran lentitud, se puso en pie.

Norma tenía la boca completamente abierta. Jamás había sospechado ver una cosa semejante.

Aquel monstruoso ser medía más de doscientos treinta centímetros de altura. Apenas si tenía figura humana en su enorme corpachón, cuyo peso calculó la joven en ciento cuarenta kilos largos. Los brazos eran enormes, poderosísimos, cubiertos de un vello hirsuto y espeso, de color rojizo, lo mismo que el resto del cuerpo, vestido con una simple camisa y unos pantalones. Tan sólo

en la cara había algunas zonas, muy pequeñas, limpias de pelo.

Los ojos estaban muy hundidos y brillaban horriblemente en el fondo de sus cuencas. De pronto, el monstruo extendió una mano y tartamudeó:

—Co… mi… da…

Avanzó un par de pasos. Norma lanzó un chillido y, olvidada del arma que tenía en la mano, echó a correr.

Tropezó con alguien que la sostuvo en sus brazos, pero no le reconoció.

—Huya, huya… —gritó.

—Nena, soy yo —dijo Franks.

De pronto, vio al ser y se quedó paralizado.

—Dios mío —musitó.

Estaba preparado para ver un hijo crecido, con alguna extraña anormalidad, al que Carla había querido mantener oculto a los ojos del mundo, pero no para enfrentarse con aquel ser de pesadilla.

—Vamos, Norma, vamos —dijo.

Retrocedieron rápidamente. El ser continuó tras ellos, aunque se movía con poca precisión y menor rapidez.

Así salieron al vestíbulo. En lo alto de la escalera, sonaron varios chillidos de horror. Las internas, pese a la prohibición de Norma, habían abandonado sus dormitorios.

Jeeles vio aquella horrible figura y se puso lívido. Una vez más, aquel monstruoso individuo alargó la mano y pidió:

—¡Co… mi… da…!

De pronto, sonó una voz, chillona:

—¡Kickey!

El monstruo se volvió torpemente. En el mismo instante, Edith, armada con un enorme pistolón, hizo fuego varias veces seguidas.

Se oyó un espantoso rugido. Tambaleándose horriblemente, Kickey avanzó hacia la mujer, pero, antes de alcanzarla, se derrumbó de bruces, agitándose con violentos espasmos.

En aquel momento, una figura que apenas parecía humana, arrojando sangre por boca y narices, salió gateando de la salita. Carla vio al monstruo tendido en el suelo y lanzó un ronco grito:

—¡Hijo!

Carla avanzó un par de metros, entre el horrorizado asombro de los presentes. Alargó el brazo y tocó una de las velludas manos de

Kickey. De pronto, se desplomó y quedó quieta junto al monstruo. Éste se agitó todavía un poco y luego acabó por inmovilizarse definitivamente.

* * *

—De modo que era hijo de la señora Hampsbury —dijo Salton.

—Sí —contestó Franks, mientras ponía un cebo en su anzuelo.

—Para ella debía ser un horrible sufrimiento, saberse madre de aquella bestia…

—Una degeneración genética, de la cual fue causan te su difunto esposo —explicó el joven—. Pero ella, al contrario de lo que otras hubieran hecho en su lugar, crió al hijo y lo escondió…, aunque, morbosamente, accedía a muchos de sus caprichos. Personalmente, pienso que, este aspecto, Carla no estaba muy bien de la cabeza.

—¿Qué caprichos daba al nene?

—Carne humana.

Salton se puso una mano, en la boca.

—Me vas a estropear el final de mis vacaciones en Harmod's Point —se quejó.

—Es la verdad, Eddie. ¿Por qué callarla? Lo que hemos de procurar es olvidarlo.

—Sí, tienes razón. Pero Kickey se escapó en alguna ocasión…

—Que fue cuando mató a Onslow. Pero entre Carla y Edith consiguieron volverle a la casa.

—El monstruo respetaba a Edith. ¿Por qué?

—En primer lugar, aparte de que la conocía desde su nacimiento, por el látigo.

—Y por algo más, Chester.

—Era la abuela.

—Oh. Un drama terrible —comentó Salton—. ¿Qué es de Edith?

—Está en una clínica psiquiátrica. A Jeeles lo juzgarán por homicidio voluntario. A fin de cuentas, no quiso matar a Carla. Y no tenía nada que ver con los crímenes que se cometían en Matson House ni con el envenenamiento de algunos maridos ricos.

—¿Adónde iban a parar los restos de las víctimas, Chester?

—Había un buen incinerador.

—Entiendo. —Salton meneó la cabeza—. Carla era una mujer

extraña en todos los sentidos. Madre amante de un monstruo… y asesina.

—Desdichadamente, en este perro mundo hay gente capaz de todo —dijo el joven sentenciosamente.

—Hasta de dejar plantada a una muchacha —sonó de pronto la voz de Norma.

Los dos hombres, sentados a la vera del arroyo, se levantaron simultáneamente.

—Hola, Norma —dijo Franks—. Ya conoces a Eddie, supongo.

Salton sonrió socarronamente.

—Tengo idea de que me he dejado la cafetera al fuego. Ya no debe de quedar agua —dijo. Y se marchó, silbando una alegre tonadilla.

Los ojos de Norma se clavaron en el bello rostro de Franks.

—Chester, ¿por qué te marchaste sin decir adiós? —preguntó, con acento de reproche.

—Norma, seamos sinceros. Tú y yo…

Ella avanzó unos pasos y le puso las manos en los hombros.

—Tú y yo nos queremos y lo demás no importa en absoluto —exclamó con vehemencia—. Durante bastante tiempo, he esperado, aunque ha sido en vano. Sí, ya sé que pertenezco a una familia distinguida y con mucho dinero, pero eso es algo que no puedo evitar. Por otra parte, tú te has sabido labrar una magnífica posición. ¿Qué crees que era mi padre cuando tenía tus años? Posiblemente, era aún más pobre que tú…

Franks sonrió.

—Eres un magnífico abogado defensor de tu propia causa —dijo.

—Es tu causa también —suspiró ella, a la vez que se colgaba de su cuello.

Un año después, nació el primer hijo del señor y la señora Franks. La abuela materna, en una de sus visitas, cuando ya la madre y el niño estaban en casa, pronunció cierta frase muy común en tales circunstancias:

—Es un niño maravilloso, Está como para… comérselo…

Chester respingó al ver a su hijo en brazos de la abuela. Pero ésta, después de un par de sonoros chasquidos emitidos con los labios, añadió:

—… A besos, por supuesto.

Franks miró a su esposa. Norma, feliz, sonrió, a la vez que tendía una mano. Franks la tomó suavemente. Por un momento, pensó en Matson House.

Pero aquello quedaba ya muy lejos. El presente y el futuro eran infinitamente más atractivos.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y
D. D. T.,
de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.